

66.

12
10

USA

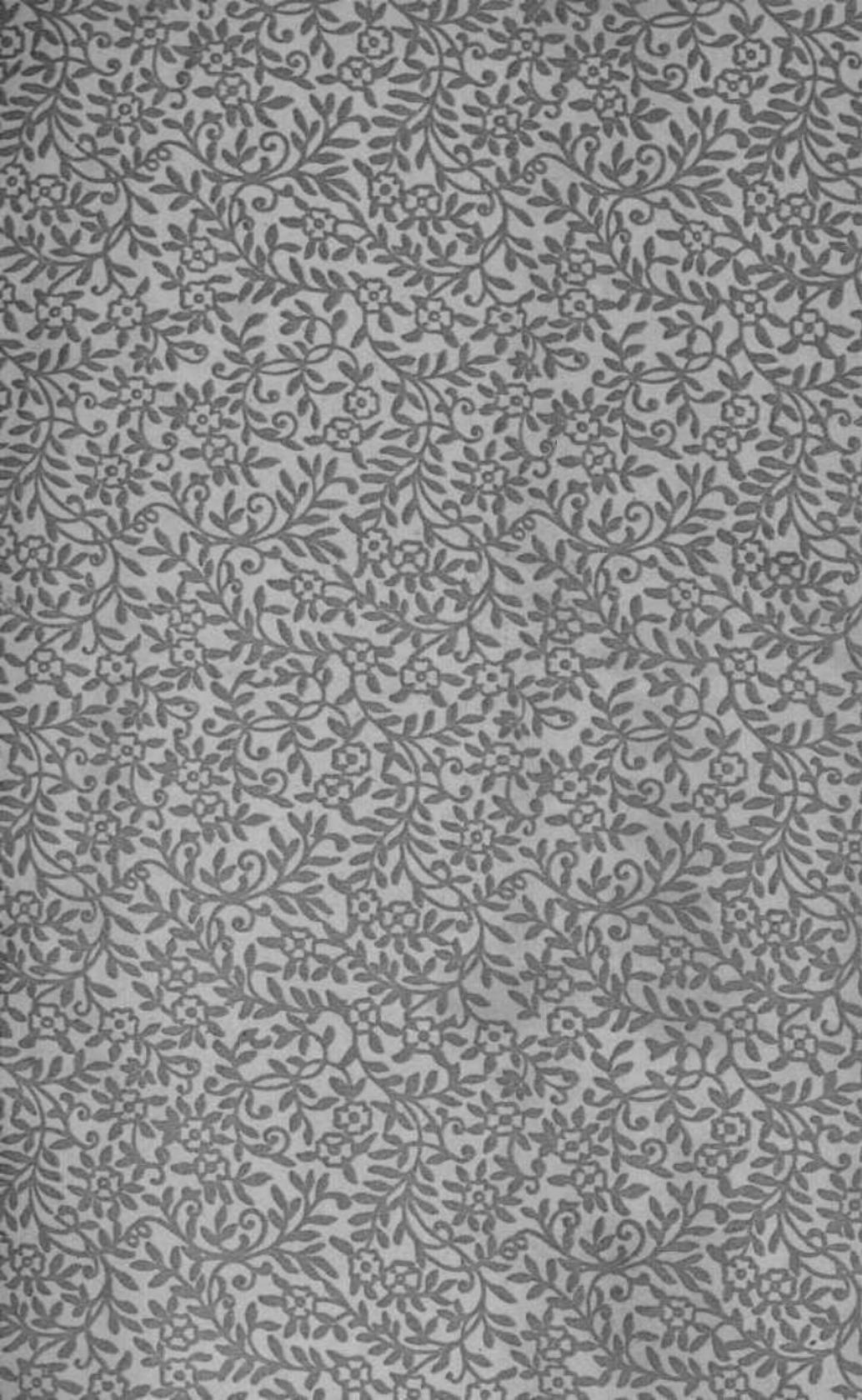
18

18

18

18





ROMANCERO

DE

SANTA TERESA DE JESÚS

ROMANCERO
DE
SANTA TERESA DE JESÚS

OBRA ORIGINAL

DEL

R. P. Francisco Jiménez Campaña

Sacerdote de las Escuelas Pías de San Fernando.

SEGUNDA EDICIÓN

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



MADRID

IMP. DE LA SUC. DE M. MINUESA DE LOS RÍOS

Miguel Servet, 13. — Teléfono 651.

1915

ES PROPIEDAD

Al Rmo. P. Melchor Rodríguez

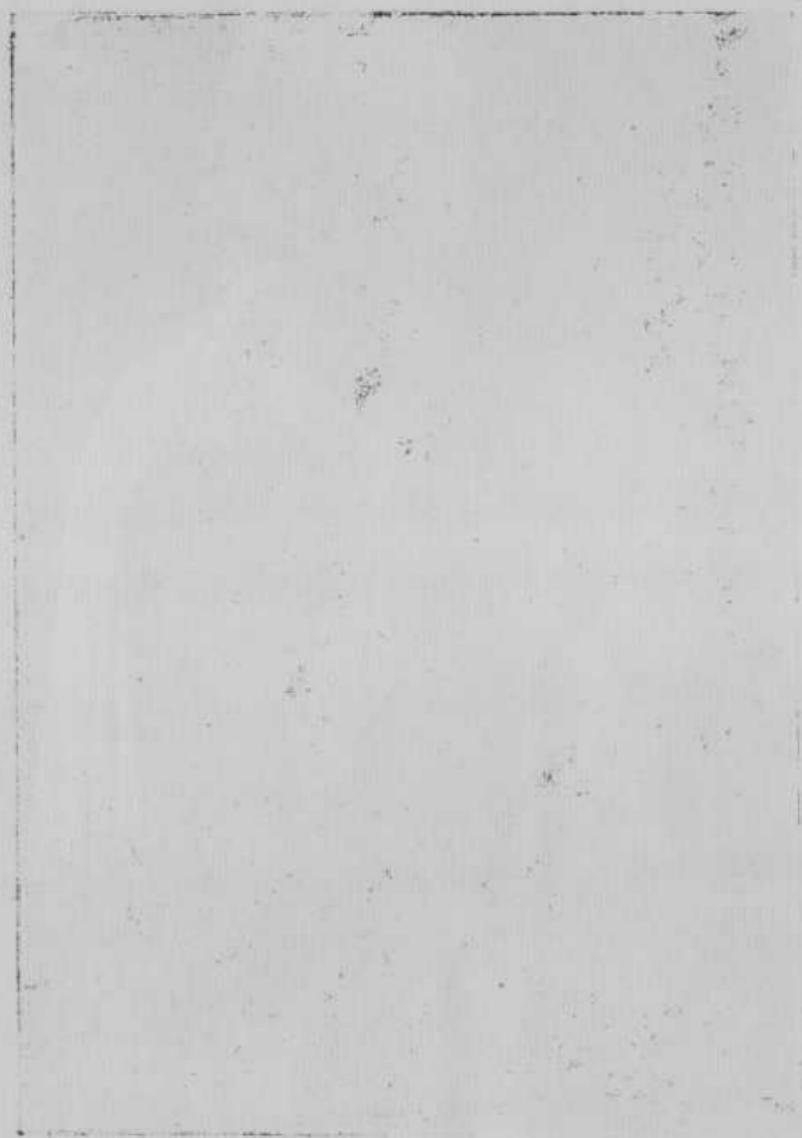
Prudente, sabio y bondadoso Vicario general
de las Escuelas Pías de España y de los Colegios Calasancios
americanos,

Su humilde Hijo le dedica la segunda edición del

Romancero de Santa Teresa de Jesús,

y le B. L. M. con afecto y reverencia, y con el mismo cariño que en Granada, su siervo en Cristo y amigo afectísimo,

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA.







A GUISA DE PRÓLOGO

PÍDESEME un prólogo para este romancero. ¡Ay! ¡Quién tuviera alas de poeta!.... Pero tengo para mí que el principal deseo es de que ostente el libro el sello de un Obispado tere-siano. Y yo accedo a estampárselo con mil amores y mil razones.

¿No será digna la Reforma del Carmelo de ser celebrada como las hazañas inmortales de los héroes de la Historia?

«Si es milagro — escribe el maestro León en el prólogo a las obras de la Santa — lo que viene fuera de lo que por orden natural acontece, hay en este hecho tantas cosas extraordinarias y nuevas, que llamarle milagro es poco, porque es un ayuntamiento de muchos milagros.»

Arma virumque cano, comienza el gran poema de Virgilio..... Ejércitos y caudales son los carros triunfales en que la Victoria conduce a los héroes legendarios.

Teresa de Jesús, en vez de armas y ayudas, tiene el vacío y desamparo. Sabida es su graciosa frase de que para la primera fundación de varones contaba con *fraile y medio*.

Y sino, congregando lucido cortejo de personas, sumara poderosos recursos..... Pero oigámosla a ella: «Hela aquí una pobre monja descalza, sin ayuda de ninguna parte, sino del Señor, cargada de patentes y buenos deseos y sin ninguna posibilidad para ponerlo por obra, el ánimo no desfallecía ni la esperanza, que pues el Señor había dado lo uno, daría lo otro.....» Y más adelante: «Pues ya que tenía la licencia, no tenía casa ni blanca para comprarla; pues crédito para fiarme, en nada.» (*Libro de las Fundaciones*, capítulos II y III.)

Y si aislada y pobre todavía gozara de salud lozana y realce de atractivos..... Pero no; testigo es la misma Santa: «Jamás anduve sin algún género de padecer..... Lo ordinario es siempre dolores, con otras hartas enfermedades.» (Carta al P. Rodrigo Álvarez.)

La maravilla, no obstante, se obró: «Milagro

es que una mujer, y sola, haya reducido a perfección una Orden de mujeres y hombres. Y otro la grande perfección a que los redujo. Y otro, y tercero, el grandísimo crecimiento que ha venido en tan pocos años y de tan pequeños principios.....» (Prólogo citado del maestro León.)

¿Cuál fué el secreto de su fortaleza? El amor insuperable en todas las luchas, más fuerte que la victoriosa muerte.

Teresa de Jesús poseía entendimiento peregrino y corazón amante; con ellos dió en el blanco de la dicha: todo espíritu, todo aliento, era el soplo de la divina gracia, era la conquista de los corazones.

Cantadla, pues, en versos heróicos y cancioneros populares; cantadla con la veneración y gracias de este libro; corran sus proezas de boca en boca; que el bendecido ambiente de España se embalsame de sus glorias, pues al invocar a Teresa, gritamos juntamente: ¡Viva la Religión y la Patria!

† *Fr. Tomás, Obispo de Salamanca.*



PRÓLOGO

AL

ROMANCERO DE SANTA TERESA DE JESÚS

ESPLÉNDIDO homenaje acaba de tributar la musa castellana, por obra y gracia del P. Jiménez Campaña, a la excelsa poetisa española Santa Teresa de Jesús. El modesto y virtuoso sacerdote de las Escuelas Pías, inspirado vate nacional, tiempo ha conocido y admirado de los amantes de las bellas letras y de la gaya ciencia por sus *Gritos de victoria*, por sus *Tradiciones granadinas* y por los ecos dulcísimos de su *Laúd*, acaba de publicar un libro galanamente escrito, titulado *Romancero de Santa Teresa de Jesús*.

Entró el P. Campaña en el Parnaso español como entran los conquistadores en las tierras recién sometidas a su imperio, cantando *Gritos*

de victoria: en esos himnos de ardoroso y santo patriotismo ensalzó el poeta, con entonación robusta y con viril y armonioso acento, los *Triunfos de la Religión y de la Patria*, y como advirtiese más tarde, en sus atisbos y vislumbres de vidente, que esos triunfos y esas victorias se reflejaban, con claridad deslumbradora, en el espíritu soberano de nuestra Santa, en cuya frente reverbera con vivísimos fulgores el sol de gloria que iluminó, en días mejores, las hazañas y proezas de nuestros héroes inmortales, requirió el plectro, y fueron entonces sus melodiosos arpeggios los cantos populares que forman el *Romancero de Santa Teresa*, monumento consagrado a la extática monja carmelitana, símbolo inmortal de nuestras grandezas y glorias de antaño.

Y a fe que era lo único que faltaba a nuestra Santa: un Romancero. Ensalzada por los más egregios ingenios de nuestra patria con los acentos más armoniosos de la lira castellana, enaltecidas sus insignes virtudes y estupendas hazañas en odas brillantes y en rotundos poemas heroicos, y paseada en triunfo, sobre alto coturno, por nuestro grandioso Teatro la simpática figura de la monja avilesa, faltaba no más immortalizar su esclarecida memoria en fáciles

romances que hallasen eco perdurable en el corazón de nuestro pueblo. Que no sólo ha de servir este género poético, eminentemente popular, para perpetuar las fazañas, en gran parte legendarias, de *Mío Cid*, o las justas y torneos, más o menos reales y verídicos, que leemos y admiramos en el *Romancero morisco*, o los amores y celos, finezas y desdenes de arrogantes mancebos y apasionadas doncellas: *Paulo majora canamus!* Proezas llevó a cabo nuestra Santa más gloriosas y decisivas que las del Cid Campeador; en liza continua anduvo aquella monja débil y enfermiza, librando incesantemente formidables combates, siempre coronados con brillante éxito; y amores también los tuvo, y ferventísimos, como que fueron amores de un serafín humanado; y tales finezas y regalos recibió de su divino Esposo, que dieran envidia y enojos a los mismos ángeles, si de enojo y envidia fueran capaces. A mayor abundamiento, Teresa de Jesús es la Santa más *popular* que haya nacido jamás en el suelo español; justo es, pues, que los poetas traten de *popularizar* su bendita memoria en romances de suave y melodiosa asonancia, para que no se extingan jamás en nuestro pueblo el recuerdo y el amor hacia esa Santa, orgullo y regocijo santo de la española tierra.

Y este es, sin duda alguna, el fin nobilísimo que intenta y espera conseguir el insigne Escolapio al publicar su *Romancero*.



El Romancero de Santa Teresa de Jesús forma un todo orgánico y perfecto, un verdadero poema histórico, radiante a la par de ardoroso y simpático lirismo. En él aparece la Santa tal cual fué en este bajo suelo: Santa de española sangre y de corazón de fuego, de viriles energías y poderosos alientos, de sublimes ideales y ensueños de gloria; la Santa, en fin, de los místicos amores. Allí se nos muestra ardiendo en ansias de martirio, y con bien marcada vocación de ermitaña y fundadora en los albores de su vida, en su tierna niñez; poco después, en la flor de sus años, impulsada por vivos anhelos de otra vida mejor, por deseos fervientes de morar en las soledades del claustro, aparece trocando

.... el corpiño
El de las cintas rojas,
Y la albanega verde
Por las monjiles tocas.

Más adelante, en la plenitud de su vida, es cuando aparece ya en todo su esplendor la *Reformadora del Carmelo*, que, venciendo obstáculos al parecer insuperables, logra reducir su Orden a la prístina observancia: la egregia *Fundadora*, que va levantando, como por encanto, numerosos conventos, *Palomarcitos de la Virgen*, y baluartes inexpugnables a las flechas del infierno; *la monja andariega* que arrostra impávida toda suerte de peligros en su penoso e interminable itinerario, ora vadeando caudalosos y desbordantes ríos y pantanosa laguna, *Camino de Burgós*, ora atravesando *Por Sierra Morena* en el rigor del invierno, trepando animosamente por aquéllos

«..... tajos que a las nubes
por menos altas desprecian.

.....
Por senderos que se pierden
entre riscos y maleza.

.....
Entre dormida manada
de leopardos y panteras»;

y, finalmente, muéstrasen allí la Mística Doctora, la extática monja, la fervorosa Sulamita, que, en la efusión de un amor sin límites, va preguntando por su Amado a las aves, y a las flores, y a los ríos, ansiosa de hallarlo doquie-

ra, por celebrar con Él sus *Desposorios místicos*. Y a fin de que no falte rasgo alguno para completar su radiante figura, con frecuencia la vemos amenizando los romances con ingeniosa donosura y amable gracejo, rebosando jovialidad y buen humor aun en la *Noche de difuntos*; y por divertir a sus hijas cuitadas y tristes, una vez la vemos tañendo con gran arte y maestría *Un alegre tamboril*.

Y luego desfila siempre la Santa por las páginas del *Romancero* acompañada de noble comitiva y seguida de brillante cohorte de insignes varones y de espíritus bienaventurados; por vez primera sorpréndela el lector platicando con su hermano Rodrigo, cuando van a tierra de moros *Buscando el Martirio*, y poco después, en el huerto de su casa, levantando *Las Ermitas* con sus manecitas infantiles; otras veces la vemos en el locutorio del convento entretenida en conversación altísima, ora con aquel Santo

hecho de largas raíces
secas, sin jugo, ni savia,

ora con el Duque de Gandía, ya también con el Reformador del Carmelo *San Juan de la Cruz*; y en el coro de la Encarnación de Avila, cuando la *Divina Priora* se sienta en la silla prelacial,

como para tomar posesión solemne de aquel convento, vemos allí,

a sus pies afinojada,
toda encendida de amor,
la Madre Santa Teresa,
cual hija humilde de Dios,

oyendo de labios de la Virgen regaladas promesas y palabras dulcísimas, que resonaban en sus oídos como divina armonía; y las más de las veces, casi siempre, por no decir siempre, la encontramos en compañía de su divino Esposo, con quien se solaza y recrea en místicos coloquios y en celestiales arrobamientos.

*
* *
*

Tal es, descrito a grandes rasgos, el elemento material e histórico de esa serie de romances cuyo juicio literario vamos haciendo con tanta torpeza y desaliño; en cuanto a la forma poética, alma y vida de tan primoroso *Romancero*, debemos en justicia añadir algunas pocas líneas, aun a riesgo de molestar por más tiempo a nuestros lectores.

La forma del *Romancero*, como la de todo romance histórico, es narrativa, empero fulgura por doquier, con esplendorosa refulgencia, la

llama del lirismo Místico, aquella llama que abrasaba el corazón de la mística Doctora y se desbordaba del cráter de su pecho en oleadas de fuego celestial por sus inmortales escritos. Y es que esa llama ha prendido en el corazón del poeta y ha enardecido su estro soberano.

En muchos romances desaparece por completo la personalidad del poeta, siendo reemplazado por otro personaje más excelso y angusto; no es el poeta quien habla en aquellos romances: aquellos coloquios y monólogos, que parecen himnos de serafines, son monólogos y coloquios de la incomparable Mística castellana; no es el poeta, no, quien canta aquellos éxtasis y deliquios, aquellas efusiones de amor divino, aquellos deseos de muerte: es la poetisa que acertó a componer la glosa inmortal:

Vivo sin vivir en mí;
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.

Y ese es, seguramente, el mérito principal del *Romancero*: haber llevado al romance esos diálogos en los cuales el lector, embelesado con tan celestial armonía, llega a fingirse la ilusión de que está oyendo la voz dulcísima, suave y melodiosa de Santa Teresa,

cual si cantaran las brisas,
como si hablara una fuente,

voz vibrante, que luego parece repercutir, con eco prolongado, allá en los senos más recónditos del corazón, en las profundidades del alma.

Para ello ha tenido que imitar con frecuencia el estilo de Teresa de Jesús; y lo ha imitado a maravilla, sin artificios retóricos. Porque el poeta ha sentido cuanto imita, y, al sentirlo, se lo ha asimilado; y luego que lo ha hecho propio, lo anima, vivifica y hermosea con la belleza de ese estilo pintoresco y brillante que es la desesperación de cuantos tratan de imitarlo.

¡Quiera Dios que tan hermoso *Romancero* se difunda por doquier en prez y gloria de la Santa castellana, que «corran sus proezas de boca en boca», para que con la lectura de tantas maravillas y prodigios se muevan todos a honrar la esclarecida memoria de la insigne Fundadora! Que tal es el fin y premio a que aspira su ilustre autor, a quien felicitamos cordialmente desde estas columnas, augurándole un éxito feliz y deseando que la Santa bendiga desde el cielo su *Romancero* y siga inspirando el fecundo estro del poeta teresiano.

Doctor D. José de la Mano y Beneite,
Canónigo de Salamanca.



ROMANCERO

DE

SANTA TERESA DE JESUS

A ESPAÑA

OH santa tierra española!
Sobre ti llueven los cielos
Para los males del mundo
A torrentes los remedios.
Que no sólo nacen flores
En tus valles pintorescos,
Y llevan oro tus ríos,
Y hay en tus selvas jilgueros,
Sino pechos encendidos
Como el sol de tu hemisferio,
Que va dando luz y vida
Con su esplendoroso fuego.

Tú eres almena enriscada
Que no desmorona el tiempo,
Donde se atalaya el campo
De las huestes del infierno;
Y opones a su embestida
En la campaña guerreros
Y en la licencia el cilicio
De tus santos monasterios.
Cuando pierden la derrota
Y van náufragos los pueblos
Por el mar de las desdichas,
Madre España, tú eres puerto.
De tus sagradas montañas
Rueda de atajo en sendero
La piedra que hace pedazos
La estatua de los soberbios;
Y la ola embravecida
Que toca en el firmamento,
Y con los brazos gigantes
Llena los mares de miedo,
Depuesta audaz arrogancia,
Como sencillo cordero
Que lame al pastor las manos,
Da en tus pies humilde beso.
Con la risa de tus vates
Vales tanto como Homero;
Que si él valió por su llanto,

Tú alcanzas fama riendo.
A los rayos de la espada
Que esgrimen tus caballeros,
En cenizas se convierten
Los ídolos más enhiestos;
Y se hunden en las sombras,
Maldecidos por espectros,
Los sacrificios humanos,
Baldón del humano género.
En vano quiere la noche
Que se dilate su imperio
De dudas y de herejías
Por el Continente viejo;
Porque sus densas tinieblas,
Como bandada de cuervos
Se deshacen perseguidas
Por tus águilas en Trento.
En vano el claustro abandona
Y el santo sayal Lutero,
Y abre con mano perjura
La puerta a los monasterios,
Para que dejen sus nidos
Por otros nidos de cieno
Sus castísimas palomas,
Que amor sólo en Dios pusieron;
Porque tu virgen de Ávila
Orlará el monte de huertos

Con la fuente de aguas vivas
Que le dé continuo riego;
Para que vayan las almas,
Las níveas alas abriendo,
A esconderse entre los lirios
Y las rosas del Carmelo.
Cuando el mundo, madre España,
Era tu humilde pechero,
Y tu castellana lengua
Tuvo más ricos acentos;
Dando al aire tus pendones,
Diste vuelta al mundo entero,
Cantando desde tu nave
Himno de amor al Eterno.
Y cuando tuyo fué todo,
Mares, tierras, aire, pueblos,
Y todo llevó tu escudo;
Y a tu solio pagó feudo
Desde el pez que el mar navega
Hasta la reina del viento,
Desde la yegua del árabe
Hasta el león del desierto;
Alzó tu amor un *castillo*
Con *siete moradas* dentro,
Y en la última lanzaste
Escala audaz a los cielos;
Y sin velar tus pupilas

Ante aquel radiante espejo,
Sino de nuevos amores
Más hambre y más sed sintiendo,
El Príncipe de la gloria
En tus brazos quedó preso
Y a aquellas torres obscuras
Lo trajiste prisionero.

Déjame, pues, madre España,
Que cante los altos hechos
De la castellana insigne
Que, sin soberbia y sin miedo,
Ganó para ti batallas
Más que el mar alza lamentos
Y más que marchitas hojas
Arranca a la selva el cierzo.
Porque como tú las leas
Y bendigas a los cielos,
Que tal hija te donaron,
Yo no ambiciono otro premio.



EN BUSCA DEL MARTIRIO

Más bella que los luceros
Que a la zaga deja el alba,
Determinada en la huída
Y sin miedos en la cara,
Sale una infantil pareja
Por las puertas del Adaja,
Mientras despierta del sueño,
Desperezándose, Ávila.
De siete abriles la niña,
Mas de apostura bizarra,
Un corazón de héroe lleva
Cautivo en redes de gracias.
Y aunque más pequeña, guía
En la resuelta jornada
A su hermano, que le sigue

Como al campeón sus lanzas.
Río abajo la pareja
Va, sin escuchar las aguas
sonoras y bulliciosas,
Ni entender sus alabanzas,
Como quien dentro del pecho
Oye otras dulces palabras
Que con divina armonía
Al heroísmo la arrastran.
Y no repara en el soto,
Donde aun la noche acobarda,
Ni en las húmedas arenas,
Ni en la playa solitaria.
Como a un tiro de venablo
Quedaba el puente a la espalda,
Y creyéndose muy lejos
Ya de la paterna casa
Y sin traidores testigos,
Rompe la niña esta plática,
Sin que a sus pies corredores
Den treguas sus nobles ansias:
—¿No te cansarás, Rodrigo?
—¿No te rendirás, hermana?
—Ya ves cómo voy delante,
Porque mi fe no desmaya.
Esto es subir a los cielos,
Y no es muy luenga la escala.

En cuanto los cuerpos mueran,
Verás cuál vuelan las almas.
De la sangre de los mártires
Que por Cristo se derrama
Dicen los libros piadosos
Que nacen hermosas alas;
Y luego, hermano Rodrigo,
Que a los dos alas nos nazcan,
De un vuelo súbito, al cielo,
Y de otro, a la Virgen santa.
¡Oh qué dicha para siempre!
—Para siempre sin mudanza.
¡Oh qué día todo claro,
Sin ayer y sin mañana!
—Y todo cuesta una vida,
Que a un débil soplo se apaga;
Una vida que hoy empieza
Y por la tarde se acaba.
Anda, hermano, que aún nos queda;
Hermano Rodrigo, anda.
—Ya te sigo.

—Voy de vuelo.

—¿Tienes plumas?

—Tengo alas.

—Alas tienes con que vuelas,
Como palomica blanca,

—Tengo sed y hambre de cielo,

Y vuelan mis esperanzas.
—¿Y la rabia de los moros?
¿Y sus corvas cimitarras?
—Romperán las ligaduras
Que a este destierro nos atan.
—¿Y la herida donde brote
La sangre de tu garganta?
¿Y tus ojos moribundos?
¿Y tu rostro?... Mira, hermana,
Torna tú y muera yo solo:
Para ti mi sangre basta.
—No me abrasces, no me halagues,
Ni me estorbes con tus lágrimas
El camino de los cielos;
Gane yo sola mi palma;
Que aunque tu sangre vertida
Puerta en el cielo me abra,
No quiero el cielo de balde,
Ni victoria sin batalla.
¿Tú en pelea con la muerte
Y yo en la almena encerrada?
¿Tú herido y yo sin heridas?
¿Tú feneciendo y yo salva?
¿Tú volando por los aires
Y yo en la tierra sin alas?
¿Tú en la patria de los cielos
Y yo lejos de la patria?

¿Tú del infierno ya libre
Y yo expuesta a ser esclava?
Anda, que tú no me quieres.
—Sí quiero, Teresa hermana;
Anda, y con tu muerte muera
Más que al filo de la espada.—
Y en esta hondura engolfados
Estaban ya de su plática,
Cuando un brioso jinete
En el camino les salta.
Era un su deudo: a su vista
los niños pierden el habla,
Como pájaros alegres
Presos en ocultas mallas.
Y él llevóselos cautivos
Y tornólos a su casa,
Toda puesta en alboroto,
Porque muertos los juzgaban.



II

LAS ERMITAS

MIRA, Rodrigo hermano,
Pues no vimos las costas
Del África, que rinden
Sus miedos a Mahoma;
Y por amor a Cristo
Las cimitarras corvas
Con nuestra ardiente sangre
No se tornaron rojas;
Y aún nuestras pobres almas
En el destierro moran,
Sintiendo de la vida
Las miserables congojas;
En este verde huerto,
En medio de las rosas,
Que a sólo Dios ofrecen

Sus más ricos aromas,
Hagamos una ermita
De piedra y secas hojas,
En donde sin recelo
Pensemos en la gloria.
Que el mundo y sus cantares,
Sus fiestas y sus pompas,
Sus risas y sus juegos,
Un bledo nos importan.
Yo cambiaré el corpiño,
El de las cintas rojas,
Y mi albanega verde,
Por las monjiles tocas.
Tú la bandera y lanza,
Con que a jugar te engolfas,
Por esta cruz sencilla
En el instante torna;
Y en medio del silencio,
Con solo Dios a solas,
Seremos solitarios,
Cantándole salmodias.
¿Te place?

—Es mi deseo.

—Mis sueños son de rosa.
—¡Oh que soñar más rico!
—Pues manos a la obra.
Benditas son las piedras

Que santo asilo forman
A los que cielo aman
Y escura tierra odian,
Y sólo saber quieren
A Cristo que se inmola
Y a su redil nos llama
Desde la cruz del Gólgota.
—Bendito el tosco muro
Donde la paz se logra,
Se agostan los placeres
Y la virtud sazona.
Él es escudo fuerte
Y la acerada cota
Donde se estrella el tiro
De las contrarias hondas.
—Benditas son las ramas
Que la techumbre cóncava
Concluyen de la ermita
Y verdes la coronan.
Ellas, que fueron gala
De mayo con sus frondas,
Y como el junco dóciles
A brisas juguetonas,
Sirvieron de columpio,
Cimbrándose graciosas,
Y oyeron de los pájaros
La enamorada trova;

Escuchen de estos niños
Las plañideras notas
Con que a los cielos cantan
Y penitentes lloran.
Perdón, aves y brisas;
Perdéis la casa propia;
Mas no os voléis del huerto
Por otras verdes copas.
Aun quedan aquí ramas;
Mezclad vuestras estrofas
Con nuestras dulces cántigas,
Y al cielo vayan todas.
Ya se acabó la ermita.
—Queda la torre ahora.
—¿La torre?

—Y la campana
Que llama y que pregona
Las fiestas de los templos
Con lengua sonora,
Y canta del soldado
Las ínclitas victorias;
Y luego por los muertos
De la batalla dobla,
Y pide una plegaria
A la patria piadosa
Por la nave que el rumbo
Dirige a indianas costas.

— ¡Vaya! Mi buen Rodrigo,
Te sales de la concha.
Los Santos solitarips,
Que los desiertos moran
No tienen otras torres
Que las peladas rocas;
Ni gustan de campanas
Que anuncien sus salmodias.
Tú del sayal del monje
Muy luego te despojas,
Y escuchas del combate
La belicosa trompa.

Mas, ¡ay Dios!, que el convento
Se vuelca y desmorona.

— Ya son tristes ruinas
Sus muros y sus bóvedas.

— ¡Oh santas ilusiones,
Qué pronto se deshojan!
Mi celda por el suelo,
Desdicha es que me ahoga.

Salid, lágrimas tristes,
En apenadas ondas;
Llevadse de mi pecho
La dicha con vosotras.
Corred por mis mejillas,
Que hay en mi alma sombras
De nubes de pesares,

Que vienen y se agolpan.
Dios mi oración no escucha,
Ni quiere los aromas
Con que le brinda el alma,
Al desplegar sus hojas.
Niña debo ser mala,
Y malas son mis obras;
Pues Dios no me consiente
Vivir con Él a solas.
—Crece, hermana Teresa,
Y deja la congoja:
Los muros sin cimientos
Bien pronto se desploman.
Crece en virtud y en años,
Huyendo de lisonjas,
Y los que son hoy juegos,
Mañana serán glorias.



III

EN LA MUERTE DE SU MADRE

DESPRENDIDA la albanega
De sus hermosos cabellos,
Que la caen por la espalda
Como cascada de ébano;
Rojos de llorar los ojos,
Y amarillo y descompuesto
El rostro, donde las rosas
Sus colores aprendieron;
Y ahogando gritos del alma
Y sollozos dentro el pecho,
Sale Teresa dejando
Muerta a su madre en el féretro.
Y el pueblo, que numeroso
Hinche la casa de duelo
(Porque la ilustre finada

Dió de piedad alto ejemplo)
Y pregona sus virtudes
Con sus lágrimas y acentos;
Sin poner coto a las lágrimas
Ni obstáculo al clamoreo,
Deja paso al dolor mudo,
Da a Teresa campo abierto,
Cual nube parda a la luna
Por el campo de los cielos.
Soledad busca la niña;
Porque no hay mejor remedio
Para los males del alma
Que el cristiano pensamiento.
Él huye en aladas penas
Del bullicio y los lamentos,
Y a solas con Dios se abisma
Como el monje en el desierto.
Por eso mientras en hombros
De sus cariñosos deudos
Sacan a su madre muerta
Y llora más recio el pueblo,
Y se oyen de las campanas
Los sonidos lastimeros,
Y al sacerdote acercarse
Con lento y fúnebre rezo;
Teresa cae de rodillas
Con el corazón deshecho

Ante un cuadro de la Virgen
En apartado aposento;
Y en ella puestos los ojos,
De su orfandad pregoneros,
Dijo con voces del alma,
Casi mudas las del cuerpo:
—¡Madre de Dios, sé mi madre,
Pues ya ves que otra no tengo,
Ni ya sentirá mi rostro
Dulce calor con sus besos!
Pues ella se va contigo
A los goces de tu reino;
Ven Tú conmigo a ayudarme
En las penas del destierro.
Yo soy un ave sin nido;
Yo soy una flor sin riego;
Que el nido lo hacen las madres,
Y el riego son sus consejos.
Caliéntame el nido frío
Con la lumbre de los cielos,
Para que pueda dormirme
Sin tener miedos ni ensueños.
Riégame con tus palabras
La flor que vive en mi pecho;
Porque si Tú no la riegas,
Sentiré el corazón seco.
El camino de la vida

Tiene borrado el sendero;
Llévame Tú de la mano,
E iré segura de acierto.
Por encima de las olas
De mi pena, que es mar fiero,
Como banda de delfines
Asoman vagos recuerdos.
Recuerdos de gratas horas
En que escuchaba aquí dentro
Voces sin són, ni palabras
Que me hablaban en silencio,
Y a subir me convidaban
Por los riscos del Carmelo,
Y a volar desde la cumbre
Por nublados elementos;
Y como esta voz secreta
Tiene imán para mi pecho,
Y sin temer los peligros
La iré luego obedeciendo;
Ayúdame, santa Virgen,
Que si andar apenas puedo,
¿Cómo podré por los aires
Tender sin alas el vuelo?
Sé Tú mi rumbo y mi estrella
En estos mares desiertos;
Madre de Dios, sé mi madre,
Pues ya ves que otra no tengo.—

Calló la niña, y las lágrimas
Por sus mejillas corriendo
Como raudales de perlas,
Continuaban el ruego.
Y por la nube de llanto
Que eclipsaba sus luceros,
Miró la niña a la Virgen
Tomar vago movimiento.
Y allá en el fondo del alma
Oyó los dulces arpegios
De una voz que le decía,
Mitigándole sus duelos:
—En tus penas y caminos,
En tu valor y en tus miedos,
En medio de la tormenta
Y de los días serenos,
En tus soledades hondas,
Por tenebrosos desiertos,
Yo siempre seré tu Madre,
Que te guía desde el cielo.



IV

HUÍDA

EN las puertas del convento
De la Encarnación de Ávila
Recios golpes están dando,
Y apenas asoma el alba.
Pálido como la cera,
Con mano trémula llama
Un mancebo, en que se apoya
Una doncella temprana.
Parece que los persiguen
Y que a la justicia escapan,
Según se lastiman viendo
Que aún no están las puertas francas.
Y a cada golpe que suena,
Es más viva su esperanza,
Que nace y muere en un punto,

Y encrespa el vuelo y lo amansa.
Y mientras atisba el mancebo,
Mirando la encrucijada,
Por ver si sus pasos siguen,
Piensa así la triste dama:
—Padre, no huyo tu cariño
Ni austeridad de tu casa:
Huyo los lazos del mundo
Y sus pompas todas vanas.
Y no es cobarde mi huída,
Pues no huye la batalla
Quien los regalos se deja
Y se viste la coraza.
Lloro tu ausencia: la muerte
El corazón me desgarrá,
Al salir de tus umbrales
Y volverte las espaldas.
Una a una van sonando
En mi oído tus palabras;
Una a una tus caricias
Me vienen llamando ingrata.
Ingrata no, pues no olvido,
Ni mi pecho te desama,
Ni es de roca dura y fría,
Cuando de ti se separa.
Como náufrago que lucha,
Y al escapar de las aguas

Se va dejando la vida
Entre las ondas amargas;
Así yo al huir tus brazos,
Siento que me dejo el alma,
Y siento el dolor, que el cuerpo
Debe sufrir, al dejarla.
Mas en la suprema angustia
De esta tremenda batalla,
Me separa de tu techo
Una fuerza sobrehumana,
Que me arroja a este cenobio
Con el vigor con que arranca
El cierzo la rama seca,
Y hacia el torrente la arrastra.
A la zaga de mis pasos
Yo siento los de tu planta,
Y por miedo de tu rostro
No quiero volver la cara.
Pero ¿para qué la vuelvo,
Si mis ojos ven tus ansias,
Y tu furor venerable,
Y tu congoja y tus lágrimas?
Esculpida en estas puertas
Miro tu imagen sagrada,
Esperando, ¡oh Dios!, romperse,
Cuando las puertas se abran.
¡No abrid!, que este pensamiento

Me torna las fuerzas flacas,
Y ya del puerto a la orilla
Me vuelve a las ondas bravas;
Y engolfándome en los mares,
Hacia tus brazos me lanza,
Que me esperan impacientes
Por ceñirse a mi garganta.
Pero detrás de tu imagen
Vislumbro redes con mallas
De risas y galanteos
Y de joyas y de galas,
Y donceles vanidosos,
Que en señal de su mudanza
Gastan sombreros con pluma,
Y no quiero amor que acaba.
Y ya tu imagen se vuela,
Como el ave que se espanta
De estas puertas, que al abrirse
Ya no me abrirán el alma. —
Estos pensamientos giran
Por la mente de la dama,
Su corazón lacerando,
Como ronda de fantasmas.
Y en tanto que se dispone
El mozo, rota la calma,
A dar con todos sus ímpetus
La postrer aldabonada;

Se abrieron las altas puertas,
Como el cielo abre a las almas
Que dejan del purgatorio
Las cadenas y las llamas.
Y en ventura convertida
La ya insinuante rabia,
Dijo el mancebo a las Madres,
Que ya en el claustro aguardaban:
—Doña Teresa Cepeda,
Mi más cariñosa hermana,
Por este santo convento
El paterno hogar hoy cambia;
Y no es sola, pues que el mundo
Abandono esta mañana.—
Y subiendo hasta los ojos
El embozo de su capa,
Mientras cerraban las conchas
A la perla de la gracia;
Sintiéndose sin piloto,
Alejado de la playa,
Y sin estrella que guíe
Por la mar sañuda y ancha,
Tomó el rumbo de otro puerto
Donde asegurar su barca.



V

VISIÓN DEL INFIERNO

DÓNDE me llevas, Señor,
Que todo se me escurece?
Éste no és campo de vida,
Sino campo de la muerte.
Aquí no respira el alma,
Ni éste es arrebató alegre,
Sino estupor que me ciega
Y ruin pavor que me prende.
Aunque Tú vienes conmigo,
No me acompaña el deleite,
Sino el terror de tus iras
Y la pena de no verte.
¿Dónde me llevas, mi Dios,
Por este sendero agreste,
Frío, obscuro, cobijado

De rocas que me entristecen?
Mientras más ando, más miedo
Y más fuego se suceden;
Más lejos tu bondad miro
Y tu justicia más fuerte.
Siento que agoniza el alma,
Que agoniza y no se muere,
Y que se sigue muriendo,
Sin que la muerte le llegue;
Que en un nicho la sepultan,
Cuyas estrechas paredes,
Según le aprietan y ahogan,
Paredes vivas parecen.
¿Dónde estás, mi Dios, que llamo,
Y a mis clamores no vienes;
Que tengo sed, y estas aguas,
Son fuego que más me encienden;
Que tengo frío, y la lumbre
Me hiela como la nieve;
Que me abraso, y estos hielos
Jamás refrescarme pueden?
¡Oh qué angustias infinitas,
Que buscan que desespere;
Pues como no tienen fin,
Atormentan para siempre!
¿Para siempre en estas llamas
Y lago de horrendos peces?

¿Para siempre sin tus ojos,
Que la noche en día vuelven?
¿Dónde estás? Alzaste el vuelo
Al compás que el alma inerme
Caía en estos abismos
De lóbregas estrecheces;
Y ya ni veo las huellas
Que dejas cuando te pierdes,
Y sólo de tu justicia
Negros ministros me prenden.
Desesperación me ronda
Y dolores me acometen,
Y me aprisionan y arrastran,
Y me atormentan y hieren,
Sin piedad de mi desdicha
Y creciendo como crecen,
Cuando ruge la tormenta,
Los desbordados torrentes.
Mi amor se ha tornado hielo,
Y ya palabras no tiene
Generosas, y en injurias
Romper su mutismo quiere.
El odio se va acercando
Como la pena más fuerte,
Como pantera agachada
Para dar el salto aleve.
Ya se eriza; ya en mi daño,

Sin entrañas complaciéndose,
La despeluznada cola
La vez postrimera mueve.
Ya con un sordo rugido
Y con los ojos ardientes
Va a saltar; ya por los aires
A llevarse mi amor viene.
Puesto que aquí no se ama,
Sin duda el infierno es éste.
¡Jesús! Oye que te llamo.
¿Dónde estás?

— Contigo siempre—

Dijo el Señor; y Teresa,
Temblando toda en sí, vuelve,
Como los difuntos pálida
Y con sudores de muerte.
— Sin duda estabas conmigo,
Dijo, pues así me quieres;
Que enseñándome el infierno
Estorbas que me condene.
Lleváranme mis pecados,
Si tus piadosas mercedes
no fueran tan compasivas,
Con mostrarse tan crueles.
¡Oh Dueño y Señor del alma:
Bendígate tantas veces
Cuantas allí los precitos

Te maldicen y escarnecen!
¡No amarte! ¡Oh pena terrible!
¡No amarte! ¡Oh dolor que envuelve
Más dolores que los mares
Granos de arena contienen!
Ámante, ¡oh mi Dios!, los cielos;
Ámante todos los seres,
Y esta hormiga de tus eras,
Aunque amarte no merece.
Deja, Señor, que te ame,
Cumpliendo tus santas leyes,
Y que esta gota de agua
Tu clara luz reverbere.
Deja a este ruin gusano
Que a Ti los ojos eleve,
Pues tuya es la verde hoja
Donde se anida y mantiene.
Deja al polvo que te ame;
Que hollar de tus pies se deje;
Y que al barruntar tu huella,
Hollado tus plantas bese.
Que Tú por mí das la vida,
Y abiertos los brazos tienes,
Para que a tus brazos vayan
Los ingratos que te ofenden.
¿Tú muerto de amor por mí
Y yo como roca inerte?

¿Yo distraída y Tú dando
Tu sangre por mis desdenes?
¡Oh, Señor! Deja a mi mano
Que castigue al delincuente,
Y que con áspera vida
De mi ingratitud te vengue.
Pues me diste en el infierno
A gustar por tiempo breve
Las penas con que castigas,
Deja que de ellas me acuerde;
Y que dé voces y avisos
Con la vida penitente
Al mundo, impulsado hoy
Por luteranos herejes;
Y pon, Señor, en mis gritos
La gracia que al alma hiere,
Porque dejen el sendero
En donde tantos se pierden.



VI

EN LONTANANZA

CON vislumbres en el alma
De lo que en el cielo ha visto,
Mientras a despierto sueño
Se entregaban sus sentidos;
Con nostalgia de la patria
Donde el goce es infinito,
Y amor es amor sereno
Sin congojas ni delirios;
Y con recuerdos medrosos
Del infierno y sus castigos,
Bajando y subiendo inquieta
Del negro al glorioso abismo,
Teresa estaba pensando
Que son ladrones los vicios,
Que quitan almas al cielo

Con las manos del delito.
Y amargada de las culpas
Con que Dios es ofendido,
Ardiendo en celo de amores,
Poníase a su servicio.
La estrechez de su convento
Juzgaba vida del siglo
Con regalo, y el regalo
Érale horrible cilicio.
Y entonces, como en los mares,
En medio del torbellino
De la tempestad, el barco
Ve de pronto el puerto amigo;
En los senos de su alma,
Huerto lleno de rocío,
Alzóse un convento pobre
Entre azucenas y lirios.
Allí la mesa es escasa
Y muy luengo el sacrificio;
El dormir, sueño de burlas,
Y veras velar continuo.
Para seguir sus antojos
Está muerto el albedrío;
Pero en alas de obediencia
Volando a Dios, vuela vivo.
La oración es un espejo
De vaho y de manchas limpio,

Y como el alma retrata,
Es siempre el mejor amigo.
De Dios es toda la vida
Y toda está a su servicio,
Y amando vive el amor
De las esposas de Cristo.
Y aunque ésta es vida tan pobre,
Es tan rico su destino,
Que la circunda de aromas
De azucenas y de lirios.
¡Oh! ¡qué de veras la llama
Este anhelado retiro,
Que es ensueño de sus sueños
Y de su mente deliquio!
Y en esta vaga ilusión
De rayos dulces y tibios
Reanimóse su esperanza
Con poderoso incentivo:
Pues con pena de su alma
Llegó a sus castos oídos
Cuánto a su Dios ofendían
Los luteranos precitos.
Y deshechas sus entrañas
Y sus ojos hechos ríos,
Con lágrimas y con sangre
Borrar quiere esos delitos.
Y tornando a sus ensueños,

Como el pájaro a su nido
Se ve sola, triste barco
En medio del mar bravío.
Entonces sonó en su alma
La voz de Dios infinito,
Como en la acordada lira
Cae el vibrador martillo,
Mandándole levantar (1)
Aquel regalado asilo,
Realidad de su esperanza
Y puerto de amor divino;
Que el nombre de San José
Llevase por claro título,
Porque el Santo Patriarca
Velaría aquel castillo
Por una puerta, y por otra
La Virgen daría auxilio,
Mientras a todas alentando
Estaría el Amor mismo;
Que esto de su parte hablase
A los guías de su espíritu
Pues ha de ser el convento
Estrella de hermoso brillo.
Calló el Señor, y Teresa,
Llena de nervioso brío,

(1) Palabras textuales de Nuestro Señor a la Santa.

Sola en medio de recelos,
De dudas y desatinos,
Y despego de los hombres,
Qué a Dios tienen amor tibio,
Echó su barco a las olas,
Puso proa al mar altivo;
Y engolfándose en su anchura,
Sin miedo al inestable abismo,
Como Colón por un mundo,
Bogó audaz por su retiro.



VII

EN SANTO DOMINGO DE ÁVILA

Ayl ¡Cómo en este templo
Amargas me acongojan
De mis dementes días
Las míseras memorias!
¡Cómo del alma surgen
Cual nubes tenebrosas,
Y el sol se me convierte
En temerosa sombra!
¡Cuánto lloré de ofensas
Y ruindades locas,
A los Guzmanes sacros
Bajo estas santas bóvedas! (1)

(1) Sucedieron los hechos aquí referidos en Avila, en una iglesia de un monasterio de la Orden de Santo Domingo.

¡Ay! ¡Cómo, dulce Dueño,
Tornaba yo en derrota
Las bien aparejadas
Y fáciles victorias!
¡Cómo a tu agudo silbo
Estaba yo tan sorda,
Y ciega ante la sangre
Que de tus llagas brota!
¡Cómo te desamaba,
Amor que me aprisionas
Con lazos de requiebros
Que abrasan y enamoran!
Mas ¿dónde me arrebatas,
Cual viento a seca hoja,
Y a qué mar ignorado
Me llevas y me engolfas?
Con manos invisibles
Me vistes blancas ropas,
Que ultrajan a la nieve
Que el Líbano corona,
Y todos mis pecados
Se van de la memoria,
Pues con aquella nieve
Del corazón se borran.
Así de pardas nubes
La luna esplendorosa
Los altos cielos limpia,

Y alégrese la atmósfera.
Mas ¿quién así a un gusano
Con tanta gala adorna,
Que hieren sus sentidos
Las dichas de la gloria?
¡Oh dignación sublime
De mi Madre y Señora,
Que en tan ruin criatura
Mercedes amontona!
¿No era bastante gracia
Ceñirme tales ropas,
Que ver tu hermoso rostro
Mis pobres ojos logran?
¡Oh, celeste hermosura,
De la que aquí no hay copia,
Pues son borrón los astros
Y míseras las rosas!
Tu rostro es, santa Virgen,
De niña encantadora;
Mas no te diré niña,
Siendo mi Madre propia.
Tus voces me regalan
Con habla tan canora,
Que es tedio y disparate
El canto de la alondra.
También contigo viene,
Para mayores honras,

Tu Esposo, a cuyo aspecto
Mi corazón se postra;
Pues Él siempre me acude
Con mano generosa,
Y en santas alegrías
Mis desventuras torna.
De estar a su servicio
Muy más me huelgo ahora;
Pues tanto te complace
Que esté en servirlo pronta.
Y sé que mis intentos
Serán cumplida obra
Que nunca tendrá quiebra
Por defendida y sólida;
Que de sus pobres claustros
Disipará las sombras
Jesús andando siempre
Benigno con nosotras;
Que no he de temer nunca
Las tempestades hórridas;
Pues si Luzbel las arma,
Jesús las aprisiona;
Pues son rayos y vientos
Y despeñadas ondas
Soldados de sus huestes,
Y a Él solo se acomodan.
Bien claro se ve, Madre,

Que eres regia Señora,
Pues echas a mi cuello
Tan esplendente joya.
Tu faz le lleva sólo
Ventajas por hermosa;
Que el oro de la tierra
Es a su lado escoria.
Mas ya te vas al cielo,
Y arrástrasme de forma
Que soy inerme oveja
Que el águila aprisiona.
Mientras en blanca nube
Despacio te remontas,
Cercándote de ángeles
Innumerables tropas,
Y con tu casto Esposo
Te pierdes en la atmósfera,
Como tras de los montes
Bandadas de palomas;
Me dejas en el alma
Reliquias de tu gloria,
Y quédome en el mundo
Desatinada y sola.
Pero con tales ímpetus
A la batalla pronta,
Que nueva Judit fuera
Contra esta Babilonia. --

En estas mudas pláticas
Con la Virgen gloriosa
Y su benigno Esposo
Teresa andaba absorta.



VIII

RESURRECCIÓN

DANDO gritos y gemidos,
Que ponen de pie el cabello,
Con el suyo desgredado
Y el vestido descompuesto,
Por las obras que se alzan
Para el primer monasterio
Donde encuentren santo albergue
Las vírgenes del Carmelo,
Doña Juana de Cepeda
Viene los aires rompiendo;
Pues al derrumbarse un muro,
Matóle un hijo pequeño.
Y sentada en las ruinas
Y escondiendo al niño muerto,
Teresa llora la muerte

Que ensangrienta su convento.
Mira loca por la pena
A su hermana, y siente yerto
Desplomado en sus rodillas
Al gracioso pequeñuelo,
Como un capullo tronchado
Por los rigores del cierzo,
Cuando a las auras del día
Tiene el cáliz medio abierto.
Y como es su sangre, olas
Siente de sangre en el pecho,
Que se levantan audaces
Amagando su cerebro.
En mal hora, que no en buena,
Dió aquellas obras comienzo;
Porque no es señal de vida
Servir la muerte de empiezo.
Tremenda es la tempestad
Que la tiene en desconcierto;
Pues mira roto su barco,
El mar en olas hirviendo,
Las velas llenas de sangre,
Cerrado y medroso el puerto
Del corazón de su hermana (1),

(1) Su hermana doña Juana de Cepeda costeaba las obras de este primer convento, que se había de llamar de San José.

Y encapotados los cielos.
Bravo el vendaval arrecia
Con los gemidos sin cuento
Que da su hermana luchando
Por abrazarse al pequeño.
Y aunque son mudos gemidos
Que nacen del sentimiento,
A Teresa le parece
Que le recrimina en ellos.
Y como el piloto náufrago
En medio del mar soberbio
Llama a Dios que le dé ayuda
Por salvar sus marineros;
Teresa bajó la frente
Sobre el cadáver sangriento,
Juntó el rostro con su rostro,
Apartándole el cabello;
Y aunque sus labios callaban
Como los labios del muerto,
Al cielo voló su espíritu
En alas de amor, que es fuego.
Y postrada en la presencia
De su soberano Dueño,
Desátose en tal torrente
De suspiros y de ruegos,
Que Dios le otorgó benigno
La vida del pequeñuelo.

Y ella, cual veloz alondra
Que vuela al nido hechicero,
Trayendo vida en el pico
Para sus hijos hambrientos;
Besando al niño en la boca,
Dióle la vida en un beso.
Moviése el niño al instante,
Cual despertando de un sueño;
Y acariciando a Teresa
Con agradecido acento,
Levantó su lindo rostro,
Y tras el rostro su cuerpo,
Y saltando del regazo
Como festivo cordero,
Entre lágrimas y gritos
Pregoneros del portento,
Corrió a dar vida a su madre,
Abrazándosele al cuello.



IX

LA TRANSVERBERACIÓN

EN cenobítica celda,
Donde el día se adormece,
Para que la luz del cielo
En sus sombras alboree;
Cubierta de blancas tocas,
Que todo el cuerpo la envuelven,
Y alzando en ellas las manos
Como dos alas de nieve,
A solas y sin testigo,
Enamorada y doliente,
De esta guisa habla Teresa
Con Jesús, Rey de los reyes:
—Loca de amor debo estar,
Pues ya nada me divierte,
Y desatino cantando,
Y lloro penas, alegre.

Con tus ojos me has herido,
Me has herido de tal suerte,
Que son, ¡Dueño de mi alma!,
Mis propias llagas deleite.
Vivo y no vivo, pues muero;
Mas es tan dulce esta muerte,
Que moriré de congoja,
Si Tú a la vida me vuelves.
Mas yo quiero morir más;
Que cuanto el pecho más muere,
Más cerca estoy de la vida
Y más amores me encienden.
Soy cautiva entre cadenas,
Que con rosas entretejes,
En noche oscura, que aclara
Cuando vienes y amanece.
Mas estos dulces favores
Más mis dichas entristecen,
Y no quiero más auroras,
Sino en día pleno verte.
¿No observas que voy a Ti
Como en ondas de un torrente,
Y que a vista de la mar
En remolino me prendes?
Y en este vértigo loco
Que a Ti me acerca y me vuelve,
Que en sus giros me levanta

Y en sus giros me sumerge,
¿Qué hago yo, ¡pobre de mí!,
Si la razón se me pierde,
Sino hablarte desatinos,
Pues no sufro tus desdenes?
Perdona a la vil hormiga,
Que arrastrarse apenas puede,
Si tanto el vuelo levanta,
Que al sol a llegar se atreve.
Escoria debo aún tener,
Pues en el crisol me tienes;
Mas a quien miran tus ojos
Todo en oro lo convierten.
Todo hacia Ti me levanta,
Nada a la tierra me impele;
Corte ya mis ligaduras
La audaz segur de la muerte;
E iré a Ti, cual cierva herida
A las aguas de la fuente,
A gustar tus dulcedumbres
En un eterno deleite.
¿Cómo me quejo y no escuchas?
¿Cómo lloro y no me atiendes,
Y no vienes a llevarte
Lo que robado me tienes?
Aves, que por Él cantáis;
Rosal, que por Él floreces;

Arroyuelo, que te quejas
Cuando tus pasos detienen;
Decidle que peno y muero;
Y pues me tiene en sus redes,
Que ya no sé lo que espera,
Si en sus brazos no me prende.
Piedra, que al abismo vas
Más veloz cuanto más hiendes;
Río que corres cantando
Hacia el ancho mar alegre;
Hierro, que vas al imán
Con anheloso deleite,
Decidle a mi Bien que envidio
Vuestro vuelo y vuestra suerte.
Mas ¿qué piedra, ni qué hierro,
Ni qué bárbara corriente,
Podrán vencer mi carrera,
Cuando mis grillos se quiebren?
Ven, mi Dios, porque ya es hora;
Abre a este volcán, que hierve,
Cráter por donde respire
Y por donde el alma vuele.
Ya me escuchas; ya mis lágrimas
Y mis gemidos atiendes;
Ya un serafín abrasado
Con ígneo dardo me hiere,
Y el corazón me traspasa

Una y otra y muchas veces;
Y se lleva las entrañas
Tras el ígneo dardo fuerte.
Y aún vivo y gozo la pena,
Y peno el gozo celeste:
Que en la cárcel de la vida
Aún me tienen tus desdenes.
Más hambre siento en el alma
Y más codicia de verte,
Pues el fuego de tu gloria
Ya mi corazón enciende.
Requiebro fué de tu amor
Darme a gustar juntamente
Los sufrimientos del Gólgota
Con dichas del Olivete.
Gozo al corazón abruma;
Sangre mi costado vierte;
No hay duda que soy tu esposa,
Pues gozo y pena me hieren.
Vengan nuevos sufrimientos
A taladrarme las sienes:
Que no es digna esposa tuya
Quien contigo no padece.
Pero venga con tus penas
Presta y callada la muerte
A empezar los desposorios,
Que no es bien que más espere.



X

SAN FRANCISCO DE BORJA

AL torno de su convento
Acude al són de la esquila
La Madre Santa Teresa,
Porque la esperan, solícita.
Y al sacerdote que aguarda,
De donde huyeron mentidas
Esperanzas e ilusiones,
Pregunta con voz sumisa:
—¿Quién me llama?

—Un mercader.

—¿Y cuál es su mercancía?

—Galas de Flandes y espadas
Que aún no están de sangre limpias,
Laureles frescos de Túnez
Y coronas de Gandía.

—¿Y esa venta?

—Es para compra

De una sola margarita.

—Tomaremos los aceros,

Pues ando en una conquista

Y es tan recio el enemigo,

Que pienso que no se rinda

Sino a la espada de Borja,

En las batallas bruñida.

Con sotilezas eucanta

Mis mesnadas fronterizas,

Y tal me embauca el sentido,

Que estoy dudando yo misma

Si gano o pierdo en las lides,

O si apreso o soy cautiva.

—¿Por quién lucha?

—Por los cielos.

—¿Y a quién, luchando, apellida?

—A Jesús, que es Rey del alma,

Muerto en la sangrienta cima.

—¿Cuál es su guía?

—La Cruz.

—¿Qué la uros ama?

—Amo espinas.

—¿En quién ensueña?

—En mi Dios.

—¿Tan arriba?

—Tan arriba,
Que todo lo que Él no sea
Me es triste y ruin ceniza.
—¿La regala con favores?
—Esa es mi duda infinita;
Pues son tantos los arrobos
Con que el ánima acaricia;
Tantas las noches oscuras,
Que convierte en claro día;
Tantos los dulces requiebros
En que me torna el acíbar;
Que duda este vil gusano,
Si es el cielo quien lo envía.
Y como este imán me lleva
Y a volar alto me incita,
Por miedo a los huracanes,
Se niega a volar la hormiga.
—¿Y qué siente en los arrobos?
—Nuevas ansias y codicias
De amar más; lo que la cierva
Que corre a la fuente, herida,
Sin reparar en las flores;
Nueva sed, sed aún más viva;
Lo que el águila que vuela
Teniendo a sus pies la cima
Del monte más empinado,
Más anhelos de ir arriba,

Y luego, cuando recuerdo
Y me retorno a la vida,
Más deseos de ser buena
Y de amar al que me humilla;
Más ansias de padecer,
Y por morirme más prisa.
—Pues no me sea medrosa,
Y ese sendero prosiga,
Que son victorias sus pasos
Y el diablo ruge de ira.
No ataje el vuelo a sus plumas,
Ni por más tiempo resista
A los ímpetus del alma,
Que engolfarse en Dios ansía.
Y cuando tienda su vuelo,
Cual piadosa golondrina,
Vaya al Calvario a llevarse
Del Amado las espinas.
Que como en el pico lleve
Sangre de Dios, compasiva,
Al sol verá cara a cara,
Sin que tiemble la pupila.
—Padre Francisco de Borja,
Vos me dais serena dicha,
Y al campo seco del alma
Sois la lluvia apetecida.
—Sois ángel....

—Soy mercader.

—¿Y cuál es su mercancía?

—Galas de Flandes y espadas,
Que aún no están de sangre limpias,
Laureles frescos de Túnez,
Y coronas de Gandia.

—¿Y esa venta?

—Es para compra

De una sola margarita.

—Tomaremos los aceros,
Pues ando en una conquista,
Y es tan recio el enemigo,
Que pienso que no se rinda
Sino a la espada de Borja,
En las batallas bruñida.



XI

TRES SANTOS

SENTADO en el locutorio
De la Encarnación de Ávila,
Con Teresa de Jesús
Estaba San Pedro Alcántara.
Rigores de penitencia
Y anhelos vivos del alma,
Por romper sus ligaduras
Y extender libres las alas,
Bien consumieron su carne,
Cual se arruga una manzana
Con el fuego del estío
Y las iras de la escarcha.
Hecho de largas raíces
Secas, sin jugo, ni savia,
Parece su cuerpo endeble,

Y es viva y severa estatua.
Vive en la tierra y no vive,
Pues si aquí posa la planta,
Sólo de Dios se alimenta
Y con Dios tiene su plática.
Los ángeles son sus pajes,
Que le sirven y le guardan;
Y aunque él no viste sus plumas,
A los cielos sube y baja.
Del cielo viene su espíritu,
Cuando con Teresa trata
De las austeras reformas
De la Orden carmelitana.
—Decís, exclama Teresa,
Mi buen Fray Pedro de Alcántara,
Que este anhelo que me hiere
No es hijo de loca audacia.....
—Hijo es del amor divino,
Y Dios jamás nos engaña,
Ni nos lleva de la mano
A dar en una emboscada.
Por amores de la tierra
Visten otros la coraza,
Y contra el hierro enemigo
Rompen la iracunda lanza,
Y en un leño desafían
Del mar las ondas más bravas,

Y pelean con los vientos
Y con las fieras batallan.
Por amores fementidos
Ásperas vigiliass guardan,
Y los tajos de los celos
De su fin no los apartan.
Por amor el necio es cuerdo,
Y el terco, de cera blanda,
Y es el cuervo rui señor,
Y la oropéndola es águila.
Conque si amores de cieno
De tal manera arrebatan,
¿A qué cumbres y a qué honduras
No arrastrarán los del alma?
—Pues seguir quiero ese amor,
Que me arde en las entrañas,
Que me llora ante los hombres
Y en la soledad me canta.
Canta tan suaves trovas,
Si a solas conmigo anda,
Que parece que mis venas
Son las cuerdas de su arpa.
Y con Él ríen, si ríe,
Y lloran si Él vierte lágrimas,
Y arden en celo divino
Si Él es rayo de amenazas.
Deme ya lauros de espinas

Y la cruz por blanda cama,
Ya que en espinas y en cruz
El cuerpo de Dios descansa.
Déme ayunos por regalo
De aderezadas viandas;
Que sus labios moribundos
Gustaron la miel amarga.
Déme desprecios del mundo
Y burlonas carcajadas;
Que Él en su triste agonía
No tuvo otra serenata.
Y esta bandera llevando
Iré al viento desplegada,
Porque me sigan los cuerdos,
A quienes juicio les falta;
Pues que le sobra el amor,
Que por nada se acobarda,
Y es soldado aventurero
Que se muere por hazañas.
— No aventura el que a Dios sigue.
— ¿Y en pos de Dios va mi marcha?
— Lo consultasteis al cielo,
Y el cielo respuesta os manda.
— ¿En estas letras sin duda?
De Fray Luis Beltrán es carta,
Y en ella me certifica
Que Dios vuelve por mi causa,

Y pues que la empresa es suya,
Que son del cielo mis ansias;
Y antes de cincuenta años
La hermosa Orden Descalza
Será ilustre en los dominios
De la Iglesia sacrosanta.

—¿Dudáis ya? Luis el asceta
De contemplación extática,
El que viste el noble hábito
De los Guzmanes sin tacha,
El apóstol de las Indias,
El que el mar airado aplaca,
El amante delicado

De la Virgen soberana,
Os alienta en vuestros pasos
Con la severa palabra
Del que en nombre de los cielos
Y de la virgen os habla.

—Sólo de mis fuerzas dudo.
—Pues echad la red al agua
En nombre de Dios, y os fío
Que no han de bastar las mallas.

—Yo al mar echaré mis redes
Pescadoras de las almas,
Y vos el vuelo a los cielos,
Porque descienda la gracia.



XII

SAN JOSÉ DE ÁVILA

POR enredos del infierno
Puesta en una obscura celda
Que le sirve de prisiones,
Habla con su Dios Teresa:
— Regocíjate, Sión;
Suene el salterio sus cuerdas,
Y las hijas de Judá
Dancen olvidando penas;
Ya tengo casa, Jesús;
Ya hay Descalzas en la tierra;
Ya tu afán y mi esperanza
Clara realidad se muestran.
Mas por artes del que siempre
Hace a tus designios guerra,

No vivo yo con mis hijas
Y en esta prisión me encierran (1).
Ellas ganan y yo pierdo:
Que si yo no estoy con ellas,
Tú no me las dejas solas,
Pues las defiende tu diestra.
¡Mira qué recios asaltos
Da el mar a la humilde arena;
Cómo el pueblo alborotado
Llega llamando a su puerta,
Y cómo asaz humillada
Se retira la soberbia,
Para tornar con más bríos
Y más vientos a la empresa!
Mis hijas a tal empuje,
Cual cañas delgadas, tiemblan,
Y cual las cañas se cimbran,
Y en pasando, se enderezan.
Como el sombrío pelicano
Que a la soledad se aleja,
Así busqué solitaria
El retiro de mi celda.
Mas todo el día mi afán

(1) Reclamada, en la primera noche que iba a pasar en su convento de San José, por las monjas de la Encarnación, fué recluída en una celda de este monasterio.

Mis enemigos reprueban,
Y los que ayer me alababan,
Hoy perjuros me condenan;
Porque comí la ceniza,
Cual rico pan de mi mesa,
Y mezclaba con el agua
Mis lágrimas lastimeras
Mas Tú, mi Dios, te levantas,
Y sus designios avientas,
Como las pajas endebles
Sobre la trillada era.
Y ellos vuelven, cual las aves
Que espantó silbante flecha,
Con nueva sed al arroyo,
Que te canta y no se queja.
Ricos, nobles, regidores,
Que son grandes en la tierra,
Para vengar su derrota
En cabildo se congregan.
¡Pobre convento que el nombre
De San José ilustre llevas,
Cómo sobre ti descarga
La artillería sus piezas!
¡Cómo la pobreza es loca
Y la castidad miseria,
Y el llevar los pies descalzos
Novedad ruin que afrenta!

¡Cómo mis tristes novicias
Van a ser causa suprema
De la ruina de Ávila
Y su deshonra y vergüenza!
Todos me son enemigos,
Y alzan sobre mí la diestra,
Y sobre mi nombre y fama
La descargan sin clemencia.
Sólo un Guzmán (1) se levanta
A quien el diablo no ciega,
Y deshace los nublados
Y acuchilla la tormenta.
Sólo el Padre Báñez, sólo
Es el sol entre las nieblas,
Que cobardes se retiran
De la gloriosa palestra.
Pero Tú las ves, Señor,
No deponen la soberbia,
Y buscan más negros odios
Para volver con más fuerza.
No se cansa fatigoso
El diablo nunca de guerra,
Y es el volcán que se apaga
Y en nuevas llamas se incendia.

(1) Un dominico.

Mas Tú ríes en los cielos
De los rayos que apareja;
Porque con que Tú lo mires
Serán sus llamas pavesas



XIII

PRIORA DIVINA

SEDICIOSAS y revueltas,
Con gritos de rebelión
Y desceñido del alma
El santo temor de Dios,
Andan locas por los claustros,
Agitadas de furor,
Sin dar plaza a la obediencia,
Monjas de la Encarnación.
Buena prelada les mandan,
Y a tiempo y hora mejor,
Cuando reglas y alimentos
Andan en discordia atroz.
Meterálas en cintura,
Darálas alta oración,
Cerrará los locutorios,

Que es cerrar la puerta al sol.
Hará del claustro un castillo
Inexpugnable y feroz,
Que meta miedo en el pueblo
Y en sus visitas pavor;
De la carencia de víveres
Hará santa obligación
De ayunar y no pedir
Más de lo que mande Dios;
Y en dos meses, ¡cielo santo!,
Sin luz, ni plato, ni voz,
Las monjas son esqueletos
Y las celdas panteón.
Y ya a la austera priora
La puerta reglar se abrió,
Y entre gritos y desmayos,
Y protestas y aflicción,
Y gozo de las prudentes,
Que son la porción menor,
Señora de aquellos feudos
Alza altiva su guión.
Pero no ha de ser así:
Que Dios por eso les dió
Voluntad que se resista,
Y boca y manos y honor.
Mas en medio de estas voces
De indómita sedición,

Clara, vibrante, argentina
Una campana se oyó
Llamando a coro a las monjas;
Y una a una y dos a dos,
Reacias o diligentes,
Marcharon a la oración.
Que la sagrada campana
Del mismo cielo es la voz,
Y no hay quien resista al cielo,
Si austero el cielo llamó.
Y al entrar en el capítulo
Con sana o negra intención,
Cayó espanto sobre todas
Y agitólas el temblor.
En la silla prioral,
Cual divina aparición,
Estaba una hermosa imagen
De la Madre del Señor
Con las llaves del convento
De la santa Encarnación
Suspendidas de la mano,
Que da luz y vida al sol.
Y a sus pies afinojada,
Toda encendida de amor,
La Madre Santa Teresa,
Cual hija humilde de Dios.
Enderezóse la Santa.

Y les dijo con un són
de gloria y de sencillez
Que a las monjas desarmó,
Poniendo llanto en sus ojos
Y paz en su corazón:
—Esta es la santa Priora:
Vuestra humilde esclava yo.



XIV

APARICIÓN DE LA VIRGEN

CANTABAN *Maitines*
Las monjas devotas,
Subiendo a la altura,
Cual mística tromba,
Anhelos del cielo,
Desdenes de honras,
Amores del alma,
Suspiros que brotan
Del pecho encendido
De célica esposa,
Cual brotan las chispas
Que volcanes forjan,
Y son de este valle
De pena y congoja

Las más dulces lágrimas
Del triste que llora.
Cantaban *Maitines*
Las férvidas monjas
En cosas del cielo
Sumidas y absortas;
Y al decir la *Salve*
Con voces piadosas,
Rasgóse del coro
La elevada bóveda,
Y una mansa y plácida
Y suave aurora
Penetró de pronto,
Cual río de gloria.
Miriadas de ángeles
De espléndidas formas,
Con plumas de cisne
Y cantos de alondra,
Llenaban el coro
De célicas notas,
De arrullos de cielo
Y esencia de rosas.
La imagen que hacía
De augusta Priora
Tornóse al instante
Realidad hermosa.
Vivían sus ojos,

Se agitaba en ondas
Su hermoso cabello,
Hablabá su boca;
Y aquellos espíritus
En alegres tropas
Le hacían mesura,
Cantábanle trovas,
Porque era su Reina,
Reina venturosa
De tierras y mares,
De cielos y gloria.
Teresa la santa,
Teresa tan sola,
Vió aquella hermosura
Que encanta y arroba,
Y oyó de sus labios,
Capullos de rosa,
Salir las palabras
Cual fuente sonora,
Diciéndole: — Fija,
Mi fija homildosa,
Muy bien me pusiste
Aquí de Piora.
Yo estaré presente
Siempre a tus salmodias,
Puesto que con ellas
Al mi Fijo honras;

Y por que tus súplicas
Él nunca desoiga,
Te seré en el cielo
Siempre embajadora. —



XV

EL TAMBORIL

CON rabeles y zampoñas
Y con alegres cantares
Las carmelitas se huelgán
En la noche en que Dios nace.
No son cantos de este mundo
Los que de su bocan salen;
Pues como es cielo el convento,
Parece coro de ángeles.
Y hay tanto amor en sus cántigas,
Que las lágrimas cobardes,
Al escucharlas, sin miedo,
Ojos y rostros invaden.
El sueño, que es dios pagano,
Sus medrosas alas bate,
Y del convento se aleja,
Pues sueño y amor no caben.

Y por los claustros recónditos,
Donde apenas luces arden,
Vuelan en toda la noche
Villancicos por los aires.
Los mantos que se revuelven
Semeja nieve que cae
Por los valles de Belén
Sobre los lindos zagales;
Y aquellos suaves rostros,
Que en Dios sólo se complacen,
Parecen flores que cantan
Al abrirse en los rosales.
Todo es gozo en el convento,
Pues los más negros pesares
Se visten de seda y oro,
Huyendo de los zagales;
Y guiando aquella ronda,
Que de claustro en claustro tañe,
Va Teresa de Jesús
Loca de amor por quien nace.
Un alegre tamboril (1)
Lleva colgado del talle,
Y con golpes y redobles
Enciende en gozo la sangre.

(1) En San José de Ávila se guarda el tamboril con que se solazaba a veces la Santa.

Y al compás de aquella música
Con que repica en el parche,
Canta sus dulces amores
Y las entrañas deshace.
Porque callan los rabeles,
Y las zampoñas se caen
De los labios de sus hijas,
Escuchando estos cantares:

Pues baja del cielo,
Ton, ton,
Es el Salvador.

—
Aunque nace pobre,
Es rico Señor;
Su casa es la gloria
Y su siervo el sol;
Y duques y condes
Los ángeles son;
Y si en tierra nace,

*Ton, ton,
Él baja del cielo
Y es el Salvador.*

—
Sólo trae perlas,
Que derrite amor,
Y es tan generoso

Con tu corazón,
Que en llegando vierte
Perlas en turbión.
Y si perlas llora,
Ton, ton,
Y baja del cielo
Es tu Salvador

Nace en un establo,
Y es de condición
Tan humilde y llana,
Que no se quejó,
Viniéndole estrecha
Toda la creación.
Y si triste llora,
Ton, ton,
Es por los ingratos
De que es Salvador.

Regalo del cielo,
Tú tan pobre y yo
Aún busco el abrigo
Que me da calor,
Cuando es la pobreza
Tu gala mejor;
Pues dejas tesoros,
Ton, ton,

*Para ser del alma
Rico Salvador.*

¡Ay! Tierno Cordero
De blanco vellón,
Que al nacer me llamas
Con quejosa voz:
Baje yo del monte
Corriendo veloz,
Que si por mí balas,
Ton, ton,
Yo lo dejo todo
Por mi Salvador.

Rubio y encarnado
Es el buen Pastor,
Y en naciendo luego
Alza ya la voz,
Porque sus ovejas
Van en dispersión;
Oigamos sus silbos,
Ton, ton,
Porque si nos llama,
Es el Salvador.

Nace ya la aurora
Con nieve y claror,

Mas no hayamos pena
Que antes nació el sol;
Y aunque siente hielo,
Él nos da calor,
Pues con ese frío,

Ton, ton,

*Con que tiembla y llora
Es mi Salvador.*



XVI

CASTILLOS DEL ALMA

TENED el paso tántico
Los herejes luteranos,
Que no es vuestra toda Europa
Ni amigos todos los campos.
Y si Alemania os abriga
Y la isla de los Santos
Es isla de los demonios,
Por pasarse a vuestro bando;
Si el Sena no se desborda
Y os ahoga entre sus brazos,
Y desde Hungría a Noruega
Alzáis triunfantes las manos;
España tiene castillos
Tan heróicos y bizarros,

Que ponen miedo al denuedo
Y el furor vuelven espanto.
No son de piedra sus torres,
Ni se alzan sobre peñascos
Sus almenas y atalayas
Perdiéndose en el espacio.
Ni los fosos las rodean,
Ni cuando se ven cercados
Caen los fuertes rastrillos,
Ni el puente se mira en alto.
Por sus fieras aspilleras
No sale el plomo silbando,
Sino plegarias ardientes
De unos corazones mansos.
Gente de paz es su hueste;
Mas pueden sus fuerzas tanto,
Que sin lucir los aceros,
Dan al valor sobresalto.
No visten cotas de malla
Ni ciñen ferrados cascos,
Sino sayos penitentes
Como la nieve de blancos.
Una mujer los gobierna
De valor tan extremado,
Que ante ella tiembla el abismo,
Si la embiste en campo franco.
Que es su poder el del cielo,

Y sus bríos soberanos,
Nada temen en la tierra,
A Jesús apellidando.
Y en la brecha peligrosa
Y en los riesgos del asalto,
Es Teresa la primera
Que rechaza al nuevo bando.
Tened el paso tautico
Los herejes luteranos;
Que de estos castillos salen
Vuestros tristes descalabros.
Y aunque nunca sus mesnadas
Se formaron en el campo,
Hace tiempo que os dan guerra
Y que vienen batallando.
No os registréis las heridas;
Que están en sus cuerpos castos,
Pues contra sus cuerpos vuelven
Los más acerados dardos.
Y sufren, mientras gozáis
Del desenfreno al amparo,
Y mientras reís dementes,
Derraman copioso llanto.
Y oponen a los arpones
Que salen de vuestros arcos,
Virtudes donde se estrellan
Vuestros certeros disparos;

A la blasfemia atrevida,
La oración que va a lo alto;
A la gula, que embrutece,
El ayuno voluntario;
A las galas, la pobreza;
La vigilia, al sueño largo;
A las iras, mansedumbre;
Y la humildad, al escándalo;
Y a la orgía que resuena
En las cuadras del palacio
Y que se olvida del cielo,
El éxtasis solitario.
Así el brazo del Eterno,
Que lanza el fragoso rayo
A vuestras huestes impías,
Es aquí benigno brazo.
El cielo, torvo y ceñudo,
Negros turbiones lanzando
Que inundan vuestras campiñas,
En España es cielo claro.
Y en tanto que vuestras torres
Se van cayendo a pedazos,
Y cada vez más estrechos
Son vuestros límites patrios;
Aquí el trono es más robusto,
Más guerreros los soldados
Y las fronteras se ensanchan

A costa de vuestros campos.
Tened el paso tantico
Los herejes luteranos;
Que aquí no hay Anas Bolenas,
Ni gobierna Enrique Octavo;
Sino vírgenes que viven
Sólo con Dios conversando,
Y que siguen de Teresa
Audaces los santos pasos;
Y un gran Felipe Segundo,
De quien el mundo es vasallo,
Y que fia en estas vírgenes
De humildes y toscos hábitos,
Más que en las guerreras lanzas
Y capitanes bizarros,
Que en San Quintín fueron héroes
Y vencieron en Lepanto.



XVII

SAN JUAN DE LA CRUZ

PLATICABA en el convento
De la villa de Medina
La Madre Santa Teresa
Con un mozo carmelita.
Fijos en tierra los ojos
Y el alto espíritu arriba,
Se cruzaban sus palabras,
Como llamas de una pira.
Que son santos serafines
Que en la tierra peregrinan,
Y al encontrarse en la tierra,
Se acuerdan de la otra vida.
—Madre Teresa, este mundo,
El Santo mozo decía,
Está lleno de emboscadas

Donde las almas peligran.
Yo huyo de él, como si un tigre
Trajera siempre a la vista,
Y el ánimo harto medrosa
Por la soledad suspira.
Pues paréceme que el mundo
Tiene al desierto ojeriza;
Que se asusta del retiro
Y al silencio no se inclina;
Pues como gusta de galas
Y bulliciosas delicias,
Quiere orejas que le escuchen
Y miradas que le engrían.
—Cierto, hijo, y es torrente
Que se sale de la orilla,
Y al que no arrastra en sus ondas,
De su cieno lo salpica.
—Por eso busco el desierto
Y holgada vida me hastía.
Yo soy un ciervo salvaje
Que los bosques solicita
Y en los valles nemorosos
Que cruza la fuente limpia,
Donde se retrata el cielo,
Halla su mayor codicia;
En las montañas sublimes,
Que por ver a Dios se empinan.

Por si acierto allí a mirarlo,
Quiero doblar la rodilla.
Allí mi ciega ignorancia,
Que de los cielos se olvida,
Aprenderá a alzar el vuelo
De las águilas altivas;
A ser humilde y constante,
De la oculta fuentecilla;
A agradecer, de la tierra
Que los granos multiplica;
A cantar a Dios loores
De los pájaros que trinan,
Y de la argentada luna,
A que el sueño no me rinda.
—Esa es vida de cartujo;
—Pues esa será mi vida.
—Así vivió entre las rocas
Nuestro Padre San Elías;
Y con este apartamiento
Del mundo y de sus mentiras
Quiero vivir y me afano
Porque muchas almas vivan.
También soy cierva sedienta,
Que viene a la fuente, herida,
Para apagar los ardores
En sus aguas cristalinas.
Y quiero ser como el pájaro

Que del sustento no cuida;
Mas cantando da las gracias
Al Señor que se lo envía;
Y humilde como la tierra,
Que calla, si se la pisa;
Pues nuestro cuerpo altanero
Sólo es un vaso de arcilla.
Yo quiero, como la sierra
Que está del cielo vecina,
Si ostento manto de nieve,
Ser de asperezas ceñida.
Y en aquestas soledades
Donde el alma se retira
Con esas galas ser pobre,
Con esta pobreza rica.
También de un monte sublime
En la más excelsa cima,
Para estar de Dios más cerca,
Quiero doblar la rodilla.
Pero no es monte cartujo
Adonde el afán me aguija,
Que es más sagrado.

—¿Cuál es?

—El Carmelo se apellida.
El Carmelo que en sus peñas
Tiene las huellas benditas
De la Madre de Dios vivo,

Que es nuestra Madre dulcísima.

—Pero en ese monte santo

Ya nuestra Orden habita.

—Mas vivimos en sus faldas,

No en su soledad bravía.

Y en las laderas estamos

Del mundo loco a la vista,

Y las ondas del torrente

A las veces nos salpican;

Y yo anhelo sus desiertos

Donde el ánima se abisma

Y a solas con su conciencia

Sola con su Dios se mira.

Y allí tener por regalo

Dura hierba desabrida,

La tierra por blando lecho

Y por sueño la vigilia.

Pisar con desnuda planta

La escarcha y la nieve fría,

Y siempre alegre ir cantando

Misericordias divinas.

¿Quieres ser descalzo?

—Quiero.

—¿Y la fama?

—Es mi enemiga.

—¿Y la pobreza?

—Fué pobre

El Dios que los astros pisa.

—¿Y las coronas de lauros?

—Sólo las quiero de espinas.

—Padre Fray Juan, ¿y la Cruz?

—Ella ha de ser mi divisa.

—¿Y la honra?

—Soy gusano,

—¿Y el trabajo?

—Soy hormiga.

—¿Y el sueño?

—Soy ruiseñor.

—¿Y el amor?

—Dios es delicia.

—Pues aguardaros tantico

E iremos el monte arriba.

—¿Aguardar?

—Lo quiere el cielo.

—¡Cielos, que ya tengo prisa!



XVIII

DESPOSORIOS MÍSTICOS

COMO las olas del mar
Llegan bravas a la orilla,
Luciendo crestas de espuma,
Y al mar se tornan sumisas;
Así con sus mantos blancos
Las descalzas carmelitas
Llegan por el Pan del cielo
Y en Dios vuelven embebidas.
Llegóse Santa Teresa
A la zaga de sus hijas,
Llevando el alma en los ojos
Anhelantes de la vida.
Dióle San Juan de la Cruz,
Que el Sacramento administra,
Media Forma y Dios con ella,

Y halló a Teresa affligida.
—Bien me sé — pensó la Santa,—
Que Jesús se multiplica,
Y aun en más pequeñas partes
Toda su gloria está viva.
Pero en mis ojos de tierra
Entró de amor la codicia,
Y gustan de Formas grandes,
Sin querer que las dividan.
—Hija—contestó el Señor,—
Vive por esto tranquila,
Que no habrá fuerza bastante
Que te arranque de mi estima.
Como las nieblas del lago
Del rayo del sol heridas
Semejan nubes de plata
Al pie de la sierra altiva;
Así el rostro de Teresa,
A la palabra divina,
Que es rayo de sus amores,
Tornósele aurora rica;
Y vió a sus Dios descendiendo
De la sangrienta colina
Del Gólgota con un clavo
Que del madero traía.
Luz y sangre se derrama
De su corona de espinas,

Y un volcán es su costado
De llamas enrojecidas.
A su túnica de nieve
Manchas rojas la salpican,
Y amplio manto de arreboles
De sus hombros le caía;
Sangrientos los pies asoma
De su veste por la fimbria,
Y las llagas del tormento
Por gala de pedrería.
—Teresa—dijo, y los ángeles
Se pusieron de rodillas,
Oyendo hablar a su Príncipe;—
—Este agudo clavo mira:
Con él rompieron la mano
Que daba a los ciegos vista
Y serenaba las olas
De la mar embravecida;
Recíbelo como esposa
Por arras de gran valía.
No sólo como de Rey
Y Dios que le da la vida,
Sino como de tu esposo
Ya has de mirar la honra mía;
Que yo velaré tu honor
De toda infame codicia.
—Señor, por tan gran merced

Loca el alma desatina,
Pues quieres que sea tu esposa
La negra y ruin hormiga.
Tuyos mis sentidos son
Y el alma que Tú cautivas;
Tuya mi sangre, y por Ti
La diera yo desde niña;
Tuyo el corazón, albergue
Donde los sueños anidan,
Donde nacen los deseos
Y la esperanza se agita;
Tuyos son y al sacrificio
Yo siempre estaré propicia.
Mas ¿cómo he de ser tu esposa,
Siendo sólo vil ceniza?
Y aunque aborrezco el pecado
Y las culpas me lastiman,
¿Cómo he de celar tu honra,
Siendo yo tu esclava indigna?
¡Ah, Señor! Si ha de cumplirse
Tu voluntad infinita,
Ensancha Tú mi bajeza,
Y hazme de virtud más rica;
O aparta de mí esta honra
De tanto peso y justicia,
Que daré con ella en tierra
Donde mi ruindad me inclina.

El agua que está en el vaso
Bien clara y limpia se mira;
Mas no si la alumbra el sol.
—Soy el sol y tú estás limpia—
Dijo el Señor; y alejóse,
Subiendo por la colina
Del Calvario, y en la Cruz
Púsose en las agonías.
Y entonces, como en los cánticos
De aquellas nupcias divinas,
Resonaron por los aires,
En infame gritería
Los denuestos de la plebe
Y de sayones y escribas,
Que al Redentor insultaban,
Cuando por ellos moría.
Y aquellos gritos rodando
Como tromba de desdichas,
Resonaban en el mundo
Sin número y sin medida.
Sintiólos Santa Teresa
Y a su corazón indignan,
Y su cabeza taladran
Como corona de espinas.
—Señor—dijo—soy tu esposa,
Y tu Cruz ha de ser mía.
Pero esos gritos crueles

Y esas bocas que te silban,
Y esas manos que lo aplauden,
De tal modo me lastiman,
Siendo tú tan generoso,
Que no quiero que prosigan;
Y por que Tú no los oigas,
Ni más burlen tu justicia,
Sufriré yo hora tras hora
Lo que me resta de vida.



XIX

NOCHE DE DIFUNTOS

DOBLAN las campanas
Con tristes lamentos;
Que es noche de ánimas
Y tiemblan los cuerpos.
Noche de difuntos
Es noche de miedos,
Pues por los espíritus
Se quejan los vientos.
Allá en Salamanca
Donde los manteos
Latini-parlantes
Andan en conciertos
De aventuras locas
Y atropellos necios,
Y de zarabandas

Y sangrientos duelos;
Temblando de frío
En un aposento,
Si de abrigo falto,
De escaseces lleno,
La Madre Teresa
Con Sor Sacramento,
Con hambres y apuros,
Esperan el sueño.
Lleváronse el día
Trabajando recio
En hacer de un cuarto
Reducido templo;
Y de unos desvanes
Coro asaz estrecho,
Para alzar piadosas
Sus devotos rezos.
Y al llegar la noche,
Sembrando misterios,
Y nieblas y sombras,
Sustos y recelos,
Fueron retirándose
De uno a otro aposento,
Siempre perseguidas
De sus pensamientos.
Temían las burlas
Y atrevidos juegos

De los estudiantes,
Vivos y traviosos.
Mas ya en una estancia,
De la calle lejos,
Y la puerta firme
Cerrada por dentro,
Aun tenía susto
Madre Sacramento,
Oyendo del bronce
Los fúnebres ecos,
Tanto más medrosos
Cuanto más inciertos;
Sintiendo la triste
Erizado el vello.
Tenía la vista
Clavada en el techo,
Y un sudor helado
Le mojaba el cuerpo.
Y sacando el habla,
Cual de un odre seco,
Rezagadas gotas
Del líquido añejo,
Dijo temblorosa
Con tales acentos,
Que darían risa,
Si no dieran miedo.
—¡Ay, Madre Teresa!

Si ahora yo me muero,
¿Qué haría aquí tan sola
En este desierto?
—¡Vaya una pregunta!—
Contestó riendo
La Madre Teresa,
Higas dando al miedo.—
Déjeme tranquila,
No me espante el sueño;
Que cuando se muera,
Ya pensaré en ello.



XX

EN LA ESCALERA DEL CONVENTO

ENVUELTA en tocas monjiles
Y desnudo el pie de nieve,
Por un claustro solitario
Una virgen se aparece.
Y tanto cielo en los ojos
Y en todo el semblante tiene,
Que no parece que el cuerpo
Al alma espléndida envuelve;
Sino que Naturaleza
Ha quebrantado sus leyes,
Y al cuerpo el alma aprisiona
Entre flamígeras redes.
Distraída va la virgen
De cosas del mundo aleve,

Sonámbula peregrina
Que nada terreno siente;
Cuando de pronto despierta,
Trémulo el paso detiene
Y el alma llama a los ojos,
Porque se asome y se huelgue.
Blanco como la inocencia,
Rubio como el sol poniente,
Tierno como los pimpollos
De la rosa que florece,
Baja un Niño la escalera,
Como un alba que se viene
Orlada de rayos mansos,
Que iluminan y no ofenden.
— ¿Quién eres? — dijo la virgen
Toda absorta, toda alegre —
Que siendo muy niño, en casa
Como dueño te apareces?
¿Quién eres, cielo abreviado
Sin un terreno accidente,
Infantico, blanco y rubio,
Que en tus sonrisas me prendes?
¿Quién eres que siento un horno
Que en el corazón me hierve,
Y me quemo, y de cenizas
Renazco cual ave fénix?
Eres imán, pues me atraes;

Eres mar, pues me sumerges;
Eres sol, pues me iluminas;
Eres vida, vida eres.
No eres tierra, pues te quiero;
Ni sombra, pues no obscureces;
Ni tentación, pues no caigo;
Ni muerte, muerte no eres.
Eres majestad sin ceño
Y amor sin negros desdenes,
Y verdad sin amargura,
Y vida, la vida eres;
Pues absorta en tu presencia,
Si la amenaza la muerte,
Mi vida apenada y triste,
Se muere, porque se muere.
¿Quién eres cielo abreviado
Sin un terreno accidente,
Infantico, blanco y rubio,
Que en tus sonrisas me prendes?
— Y tú — dijo el Niño hermoso,
Con voz regalada y tenue,
Cual si cantaran las brisas,
Como si hablara una fuente; —
Tú, que en tal lumbre te quemas,
Y que en este mar tan breve
Que en mí cabe y no se explaya,
Te engolfas y te sumerges;

Tú, paloma arrulladora,
Que a los cielos siempre tiendes,
Teniendo en la tierra el nido
Sufridor de tus desdenes;
Tú, que de la luz te gozas
Y las sombras aborreces,
Que a la caridad te rindes
Y en las tentaciones vences;
Tú, que elevas más altares
Que arenas las playas tienen,
Pues son altares las almas
Que a seguirte se resuelven;
Tú, que llevas en los hombros
La cruz que al mundo entristece;
Tú, abierto volcán de amores,
¿Cómo te llamas? ¿Quién eres?

— Yo, una hormiga.

— Yo soy grano.

— Yo, triste abeja.

— Yo, mieles.

— Yo, vil ceniza.

— Yo, fuego,

Lumbre y llama que te enciende.

— Me enciende el amor divino,

Sólo ése loca me vuelve;

Soy Teresa de Jesús.

— ¿Teresa de Jesús eres?

Y yo Jesús de Teresa —
Dice el niño; y desaparece
Entre rayos y entre aromas
Y nubes como las nieves,
Como un barco que se aleja,
Como un astro que se pierde,
Dejando sumida al alma
En una amargura alegre.



XXI

DOMINGO DE RAMOS

ERA domingo de Ramos,
Domingo de Ramos era,
Cuando al sagrado convite
Codiciosa va Teresa.
Apenas el pie desnudo
Posa un instante en la tierra,
Pues no la llevan los pies,
Que es amor el que la lleva.
Por eso en los hondos claustros
Sus pisadas no resuenan,
Y sólo se oye el gemido
De su mal callada pena.
Como el ave, llega al río
Fatigada y plañidera,
Por la sed que la consume,

Así va a la santa mesa.
Y en llegando se desata
Toda amorosa la lengua,
En estos trinos más dulces
Que el ruiseñor que gorjea:
—Aquí me tienes, Señor,
A tus pies de hinojos puesta,
Bañándolos con mis lágrimas,
Secándolos con mis quejas.
Yo no te traigo perfumes,
Como aquella Magdalena
Que tus santos pies ungió
Y que besaba tus huellas.
Sólo te traigo un amor
Menesteroso de hacienda,
Que para tornarse rico,
A que lo mires espera.
Así, allá en el horizonte,
Parda nube cenicienta,
Aguarda a que el sol asome,
Para engalanarse espléndida.
Tuyos serán mis brocados,
Tuyas mis sartas de perlas,
Que aunque soy pobre de galas,
Es fuerza que rica sea;
Pues hoy que en triunfo se agitan
Palmas sobre tu cabeza,

Y que te cantan hosannas,
Cual Salvador de la tierra,
No quiero que tengas hambre,
Ni busques lejanas sendas,
Ni verdes ramas sin fruto;
Quiero que a mi pecho vengas,
Donde mi amor te prepara
Regalada y rica mesa,
Que es regalada y es rica,
Pues Tú la abastas y llenas.
Hoy soy yo la que te invito
A entrar en tu casa mesma,
Que sólo tiene de pobre
La triste que la gobierna.
No repares en su hechura,
Ni en sus rústicas maneras:
Que aún no he llegado a pulir
Las asperezas de Eva.
Repara, mi Bien, repara
En esta grande riqueza
De dones no agradecidos,
De corderos de tus vegas,
De vinos de tus lagares,
De las frutas de tu herencia
Y del pan que de mí tiene
Sólo levadura aceda.
Ven al convite, Señor,

Que ya el alma te desea,
Y habrás de encontrar al alma
Esperándote en la puerta.
Ven, Amor, ven Hostia blanca,
Que el ánima se impacienta,
Y a los ojos asomada
Ya sin reparo te espera.
Ya vienes, ya el corazón
Por escaparse forceja,
Pues ha sentido su imán,
Y a Ti va con sus cadenas.
Ya llegas, ya mis entrañas
Se funden como de cera,
Y en el hervor de su fuego
Me levantan de la tierra.
¡Oh deliquio! ¡Oh soberano
Amor que así te me entregas!
¡Oh inesperada dulzura
Que de deleites me inebrias!
Esta es tu sangre, Señor,
Sangre tuya que calienta,
De que está llena mi boca
Y paladea mi lengua;
Sangre que siento en el rostro,
Sangre de que estoy cubierta.
Mis pecados que te hirieron
Suavemente me recuerdas.

¿Castigas así?

—Regalo.

—Tuya sola es tal largueza.
—Largueza de amor que paga
Con mi sangre tus ofrendas,
Pues ya vienes treinta años
Convidándome a la mesa,
En este día en que el hambre
Me cercó de sus flaquezas;
Y es ley santa del amor
Que tu convite agradezca;
Y, pues soy el invitado,
Pago con mi sangre mesma.
Clavado en infame leño
Vertila entre duras penas,
Para que bien te aproveches
Y aun te solaces con ella.
No temas ya que te falte
La misericordia eterna,
Pues que te doy por deleite
Sangre de mis propias venas—
Dijo la Hostia, y entróse
Al corazón de Teresa,
Cual ave que vuela al nido
Donde está su prole hambrienta.



XXII

POR SIERRA MORENA

ENTRE tajos que a las nubes
Por menos altas desprecian,
Y en abismos tenebrosos,
Las firmes plantas asientan;
Por senderos que se pierden
Entre riscos y maleza,
Y adonde el astro del día
Apenas si llega a penas,
Camina un medroso carro
Que del camino se queja,
Según va de perezoso
Y rechinando sus rúedas.
Dentro, con sus buenas hijas,
Se asienta Santa Teresa,
Codiciosa de ver pronto

La noble villa de Veas;
Y cabalgando en sus mulas,
Sufridoras y andariegas,
El buen Antonio Gaitán
Y Fray Juan de la Miseria.
Con mil cuidados caminan,
Por llevar la senda incierta
Y ser la sierra que cruzan
La dura Sierra Morena.
Abajo suenan los ríos,
Que entre riscos culebrean,
Y arriba acomete el miedo,
Viendo la muerte tan cerca.
Con plegarias fervorosas
A San José se encomiendan
Que los salve del peligro
Que en quel camino llevan;
Pues parece que el Infierno,
Alzándose en són de guerra,
Entre aquellos montes altos
El paso del carro espera.
Y que su hueste homicida
De endriagos y quimeras,
De titanes poderosos
Y furias de horribles greñas,
Son las rocas puntiagudas
Y las peñas medio abiertas,

Que blanden riscos por hierros,
Con árboles por cimeras.
Y en medio de aquella hueste,
Inmóvil como de piedra
Y callada como calla
La muda Naturaleza,
Camina el carro medroso,
Como la inocente cierva
Entre dormida manada
De leopardos y panteras.
Ya al borde del precipicio
Llegaban las rudas bestias
Y el Tajo aguardaba a todos
Con negras fauces abiertas;
Cuando de pronto, de un valle
Que no dejan ver las breñas,
Se alzó una voz exclamando
Y poniéndoles alerta:
—Teneos, que váis perdidos
Y está la muerte a la vera,
Y os despeñáis de seguro
Siguiendo por esa senda.
—Pues ¿por dónde, buen anciano—
Gritó, parando con fuerza
El carretero las mulas—
se ha de ir?

—Por la derecha.

—¿Por la derecha?

—Sí, a fe,

Ordenó Santa Teresa.

—Hay más peligro a la vista.

—Carretero, Dios lo ordena.

—Pues que Dios nos salve a todos—

Gritó torciendo la rienda

El carretero, y guiando

Por la medrosa vereda.

Cerraron todos los ojos,

Sintiendo flacas las piernas,

De pie empinado el cabello

Y el rostro como la cera:

Y al volver por un recodo

Advirtieron, con sorpresa,

Ancho camino seguro

Sin peligros ni maleza.

Animáronse los rostros

Al salir de tantas penas,

Y las lágrimas pugnaban

Por ser del bien pregoneras.

Carreteros y Descalzas,

Con las rodillas en tierra,

Daban gracias a los cielos

Que tan benignos se muestran.

Y el buen Antonio Gaitán

Y Fray Juan de la Miseria,

Cual justos, agradecidos,
Corren a pagar la deuda
Al que les mudó la suerte
Con la voz, de mala en buena,
Por valles y por cañadas,
Por atajos y revueltas.
Mas llorando agradecida
Y no pudiendo su lengua
Guardar más tiempo el secreto,
Dice a sus hijas Teresa:
—No sé por qué los dejamos
Que corran tan agria sierra.
Fué mi Padre San José,
Y de juro no lo encuentran.—
Y así fué, que no lo hallaron,
Y al carro las monjas vueltas,
Dieron en correr las mulas
Con tal resuelta presteza,
Que no parece que corren,
Sino que con alas vuelan;
Y más veloces que el día
Llegaron con sol a Veas,
Donde, no vírgenes, ángeles,
Con viva impaciencia esperan,
Según la piadosa villa
Arde en jubilosas fiestas.



XXIII

LA PALOMA

ERA una mañana
Plácida y hermosa,
En que el blando céfiro
Derramaba aljófara,
Para que al mostrarse
La apacible aurora,
Sembrada de perlas
Tuviese su alfombra.
Con voz argentina
De vívidas notas
A misa tocaba
Campana animosa.
Dejaba su lecho
La gente devota,
Y andando de prisa

Vestida sin pompa,
De una santa iglesia
Buscaba la sombra,
Por oír el rezo
De las pobres monjas,
Y en el són pausado
De aquella salmodia
Hallaba consuelo
Para sus congojas.
En el coro bajo,
Velada de tocas,
En meditaciones
Esperaba absorta
Teresa con ansia
La Sagrada Forma;
Como espera el agua
Campo que se agosta
Levantó los ojos
Donde penas brotan,
Pues derraman lágrimas
Que su amor pregonan;
Y en el Relicario,
En vez de la Hostia,
Las alas batiendo
Miró una paloma.
Era blanca, blanca,
Más que son las olas

Cuando se adormecen
En las patrias costas.
Y al mover las plumas
Con vehemencias locas,
Formaba un ruido
Como un són de gloria.
Guiaba sus ímpetus
Con ansia amorosa
A la Santa Madre
Turbada y atónita,
Que dentro del pecho
Sentía las ondas
Del volcán de amores
Que sus ansias forja.
Cogió el sacerdote
La Sagrada Forma,
Y bajó las alas
La paloma pronta.
Alzóla cumpliendo
Con la ceremonia;
Se acercó Teresa
Toda temblorosa,
De amor y respeto;
Y al tomar la Hostia,
Cual copo de nieve,
Tomó la Paloma.



XXIV

CAMINO DE BURGOS

CAMINO de Burgos van
Bien mojadas y maltrechas
Las Descalzas Carmelitas
Y enferma Santa Teresa.
Helólas el viento frío
Que descende de la sierra,
Y no encontraron senderos,
Que borró la nieve espesa.
Asaltóles el peligro
En las empinadas cuestas,
Guarnecidas de barrancos
Y erizadas de maleza.
Y por milagro salieron,
Ejes rechinando y ruedas,
Los carros de aquel paraje

Con las monjas medio muertas.
Y al doblar la ansiada cumbre
Vieron la extendida vega
Hecha lago pantanoso
Por la nieve ya deshecha.
Como el pueblo de Israel,
Del mar Rojo en la ribera,
De los egipcios seguido,
Paróse con planta incierta;
Tal la triste caravana
Perseguida de la recia
Lluvia que ya se avecina,
Paróse ante el lago yerta.
Mas Dios, que a los malos hiere,
Y al justo, cual oro prueba
Entre luchas y peligros,
Que es el crisol de las penas,
No quiso entonces abrir
Por el agua enjuta senda,
Dejando crecer el riesgo
Y llegar la lluvia espesa.
Unos estrechos pontones
Que el agua creciente anega
Y que al ímpetu del río,
Que los acomete, tiemblan,
Dan paso a la caravana,
O más bien entrada cierta

A la negra eternidad
Que en el fondo las espera.
Apeáronse las monjas
De los carros todo trémulas;
Y acosadas del peligro
Y con la rodilla en tierra,
Piden auxilio a la Santa
Y piadosas se confiesan
Con el buen Padre Gracián,
Que el riesgo parte con ellas.
Y viéndolas aún dudosas
La invicta Santa Teresa
Ante el peligro que crece,
Según crece la tormenta;
Con los ojos animosos
Y el rostro como la cera,
Temblorosa por la fiebre
Que la consume y aprieta,
Dijo con valientes voces:
— Mis queridas hijas, ¡ea!
Dios lo quiere, vamos prontas
Y muramos en la empresa;
Que si por su amor morimos,
¿Qué más regalo y presea
Esperamos del Esposo,
Que nos dé la palma eterna?
Déjenme, pues; ¡paso!, hijas,

Que quiero ser la primera;
Y si me ahogare, les ruego
Que no pasen y estén quedas. —
Y en diciendo, con su carro
Rompió capitana intrépida
Por aquel mundo de agua
Que la ciñe y la rodea;
Y cuando las ondas turbias
Furiosas al carro llegan
Y lo asaltan y lo arrastran
Cual leonas a la oveja;
Allá en lo interior del pecho
La voz del Señor resuena
Diciéndole: — *Voy aquí;*
No temas, hija, no temas;
Y seguida de sus monjas
Y en salvo de la tormenta,
Llegó a Burgos quebrantada,
Cuando ya la noche cierra.



XXV

EL VIÁTICO

VÍSPERA de San Francisco,
A las cinco de la tarde,
Cuando el sol va tramontando
Y cual globo hermoso cae;
La Madre Santa Teresa
Sintió de muerte señales
Y el sacrosanto Viático
Pidió que la administrasen.
Sus monjas todo llorosas,
Contemplándola en el trance,
Cercan el lecho de muerte
Mudas con dolor tan grande.
Santos y dulces consejos
De sus secos labios salen,
Que en el pecho de sus hijas

Como fresca lluvia caen.
Son las últimas palabras
De tan amorosa madre,
Y penetran en su pecho
Y llagas de amor les abren.
Llagas que toda la vida
Manarán, en vez de sangre,
Su recuerdo cariñoso
Y consejos saludables.
En esto vibró argentina
Con sonido penetrante
La campanilla anunciando
Que ya al Viático traen.
Y mientras las religiosas
En gemidos se deshacen,
Embargadas por la pena
De que tal vida se acabe,
Enderezóse la enferma,
Antes inmóvil cadáver,
Y púsose de rodillas
Sin que sus fuerzas desmayen.
Y aun saltara al frío suelo
Si no hubiera quien la ataje;
Que tanto puede el amor
Cuando está cerca el amante.
Tornóse el rostro encendido,
Y tanto fuego la invade,

Que la vistió con sus llamas
Con la hermosura del ángel.
Y en viendo la blanca Hostia
Levantada por el aire,
Con santas voces del cielo
Daba de su amor señales:
—Esposo y Señor del alma,
Que vienes a visitarme:
Ya llegó la ansiada hora
En que abandone esta cárcel.
Ya es tiempo que nos veamos
Y que sin velos te hable.
Ya es hora de caminar
Al reino de las verdades,
Donde es verdad el amor,
Que ni se mengua, ni parte,
Ni se esconde, ni da celos,
Sino que es un sol constante.
Ya siento cómo se rompen
Los vínculos de la carne
Y que las alas del alma
Temblando de amor se abren.
Hora es que deje las sombras
Del destierro miserable,
Y que me enjugue las lágrimas
Propias de este oscuro valle;
Y vaya a Ti, dulce Dueño,

Esta palomica amante
A que sus tristes arrullos
Con tu eternidad le pagues.—
Esto decía la santa
Y eran líquidos cristales
Los ojos de los que oían
Aquel cántico entrañable.
Y porque más no pudieron,
Sin fenecer, aguantarle,
Suplicóle el sacerdote
Que por amor de Dios calle.
Y en un deliquio amoroso,
Que de sus entrañas parte,
Recibió la santa Hostia,
Que en nuevo amor la deshace.



XXVI

MUERTE DE LA SANTA

LA *que a nadie non perdona*
A herir a Teresa vino,
La negra noche escogiendo,
En que se oculte su filo.
Mas tanta lumbre de arriba
Sorprendióla en el designio,
Tantos ángeles armados
De espada de ardiente brillo,
Tantas arpas sonoras
De un dulce arrullar contino,
Tantos santos que despliegan
Sus celestes atavíos;
Que avergonzada y corrida
Se olvidó de hacer su oficio,

Y ocultando su guadaña,
Quedó sólo de testigo.
Cataratas de alma lumbre
Se derrumban de improviso
Sobre el lecho en que la Santa
Da su postrimer suspiro,
Y llenan la estrecha celda
De luz que halaga el sentido,
Cual si a las playas del cielo
Hiciera el alma el arribo.
Con galas de desposado
Entre suavísimos nimbos
Y auroras mansas de gloria,
La aguardaba Jesucristo.
Los cantares peregrinos
De las arpas celestiales,
Exhalando amor, le dijo:
Ven, esposa, que ya es hora;
Deja, paloma, tu nido;
Ya pasaron los rigores
Del áspero invierno frío,
Y en los campos de mi cielo
Florecen los blancos lirios.
La tórtola nemorosa
Del árbol canta al abrigo;
Ya se pasó la tormenta
Y el cielo aparece limpio;

Ya es hora que te regale;
Tu premio seré yo mismo.—
Dijo Dios, y a las palabras
De tan dulce poderío,
El corazón de Teresa
Dábale en el pecho brincos.
De confesores y vírgenes
Noble capitán invicto,
Seguido de sus mesnadas
Su padre San José vino.
Y a su presencia la Muerte
Como un vapor se deshizo,
Oyéndose de sus alas
El resonar fugitivo.
Y entonces se alzó en los claustros
Acompasado ruido,
De gente que se acercaba
Cantando celestes himnos,
E invadió la estrecha celda
Con la Virgen por caudillo,
La hueste de santos mártires
Con rica veste de armiño,
Y levantando en los aires,
Como trofeos altivos,
Rubias palmas cimbradoras
De rumoroso sonido.
Abrió Teresa los ojos

Llenos de santos delirios,
Y en viendo a Jesús presente
Y en ella los ojos fijos;
Como el rojo Mongibelo
Muge en sus hondos abismos
Antes de arrojar la llama,
Dió Teresa tres suspiros;
Y roto el cráter del pecho,
Por su inmenso amor divino,
El alma, blanca paloma,
Voló a los brazos de Cristo.
Resonaron por los aires
Dulces, victoriosos gritos,
Mientras sus hijas lloraban,
Hechos sus ojos dos ríos;
Llenóse el viento de aromas
Y de cantares suavísimos,
Mientras las monjas gimiendo
Formaban su panegírico;
Florecieron los rosales,
Gimió el Tormes cristalino,
Y las estrellas inquietas
Dieron misteriosos giros.
Y de las hermosas manos
Y del rostro adormecido
De la Santa castellana,
Que fué templo de Dios vivo,

Salieron claros raudales
De milagrosos prodigios,
Cantando misericordias
De aquel amor infinito.



XXVII

APARICIÓN A SAN JOSÉ DE CALASANZ

POSTRADO está en pobre lecho
Un anciano venerable,
Que con angustias de muerte
Libra el último combate.
La barba, como la plata,
Sobre el tosco embozo cae,
Y la mirada amorosa
Eleva a Dios en tal trance.
No tienen miedo sus ojos,
Ni está medroso el semblante;
Que es un sol que va al ocaso
En una risueña tarde.
Y en una tarde terrestre,

Cuando el sol descende y cae,
Y al tramontar manda al suelo
Los rayos crepusculares,
Está luchando el anciano
Esperando a que se apague
Aquella luz moribunda,
Para emprender el viaje.
Pero el rayo postrimero,
Rojo, intenso, titilante,
Tornósele luz del alba

Que la celda estrecha invade.

Y una mujer se aparece,
De rostro como de arcángel,
Envuelta en auras de vida,
Que mueven tocas flotantes.
Miróla el anciano augusto,
Sin dar de espanto señales,
Y le dijo, batallando
Con recuerdos inefables:

— ¿Quién eres?

— Una española.

— De mi España....., ¿qué me traes?

— Bendiciones de la tierra

Que por los niños dejaste.

— Bendígame Dios.

— Bendito

Estás del Eterno Padre.

— Dulce.....tes morir..... recordando

Aquellos..... sagrados..... lares,

Fuente..... clara..... del..... amor

De Dios..... y su santa..... Madre.

— Pues soy de Ella embajadora.

— ¿De España?..... Dios me la guarde.

— No; de la Reina del cielo,

Que llevas en tu estandarte;

Por quien a Roma viniste,

Sin temer las tempestades

De la mar ancha y sañuda

Y las del mundo inconstante;

De la Madre de Dios vivo,

Que en las batallas te vale,

Cuando a los niños amparas,

Temor de Dios inculcándoles;

Por quien vistes al desnudo

Y enseñas al ignorante,

Y alientas al perezoso,

Y las envidias deshaces,

Y las lujurias conviertes

En santas honestidades.

— ¿Luego..... no vienes..... de España?

— De más alto es mi viaje.

— Entonces..... vienes..... del cielo,

Pues que ya muero..... a llevarme.

¡Oh Madre de mis amores!

Que te he de ver..... dulce Madre.

— Aun no es hora.

— Dios es justo.

Y aun me prueba en este valle.

Yo padezco..... sed de gloria,

De la fuente..... ya en la margen;

Pues la luz que te rodea

Es de Dios.

— Sólo es imagen.

— Imagen que a mis sentidos

Tal embeleso le trae,

Que estoy..... volviendo a la vida

Y adurmiéndose mis males.

Mas ¿quién eres?

— Soy Teresa.

— Santa de española sangre,

Que levantaste en Castilla

Por Jesús tus baluartes,

Y a los herejes derribas

Y a los abismos abates,

Deshaciendo con tus flechas

Sus apiñadas falanges;

La de las *siete moradas*

Y los místicos cantares,

Que por rosas plantas vírgenes,

Y les das alas de ángeles:

Dame tus plumas que vuele

Donde tú te remontaste,
Pues que sufro sed de amores
Y allí están los manantiales.
— ¡Oh vehemencia del amor,
Por ser humilde tan grande,
Que juzga que no alza el vuelo
Cuando con Dios se complace.
Los dos venimos de arriba,
Juntos haciendo el viaje:
Tú volviendo del postrero
De tus arrobos suaves,
Y yo nuncio de venturas
A los míseros mortales,
Puesto que te vuelvo al mundo,
Para que a los hombres guardes.
Calasanz, torna a la vida
Y a nuevas conquistas parte,
Que yo soy el paraninfo
De mi Reina y de tu Madre;
Y me envía a que difundas
Tus aulas por todas partes,
Donde nutras a los niños
Con el pan de tus piedades. —
Dijo, y volóse la Santa
Castellana por los aires,
Dejando estela de gloria,
Como una celeste nave;

Mientra el noble aragonés
Del lecho brioso sale,
Y encomendándose al cielo,
Se apresta a nuevos combates.



XXVIII

LA ALMOHADA DE SANTA TERESA DE JESÚS

DIÁLOGO

ALMA . . . ¿Dónde reclinás la frente,
Sacra Esposa del Cordero,
Cuando, alegre golondrina,
Callas y buscas el sueño?
Leves plumas de paloma
Tendrá tu almohada dentro,
Y por fuera rica seda,
Que no lastime tu cuello,
Que ese rostro peregrino,
De santas gracias espejo,
Mil veces acariciado
Por las manos de los cielos;
Ese rostro que aún conserva
Llamaradas del incendio,
Con que el corazón ardía;

En los divinos encuentros,
Y esa frente en donde bullen
Los más altos pensamientos,
Y esos ojos que, brillando,
Son amorosos luceros,
Y esa boca en donde suena
Como trinados arpegios
El *Cantar de los cantares*
A Jesús, que es tu embeleso,
Deben tener almohada
De pluma de los jilgueros
Y de mirlos y de tórtolas,
Más dulce que sus lamentos,
Y más blanca que la aurora,
Y pura, cual sus reflejos,
Cuando anuncia al sol que sale
Del mar tranquilo y sereno.

TERESA. Muy más grata es a mis sienes
La almohada que yo tengo
Que las plumas de las aves
Y el vellón de los corderos;
Que entre blanduras mi frente,
Y teniendo de refresco,
En mi lenta calentura,
Los ventalles de los cedros,
Mientras mi Esposo se muere
Y exhala el último aliento,

De espinas mil coronado
Y con sed sus labios secos,
Fuera crimen que abomino,
Fuera horroroso adulterio
Que me parte las entrañas
Y en pie me pone el cabello,
Y cada pluma una espina
Y un ahogo de mi pecho
Y un puñal que en dos partiera
Lo que aquí me brinca dentro.
*Muy más grata es a mis sienés
La almohada que yo tengo
Que las plumas de las aves
Y el vellón de los corderos.*
Cuando me rinde el cansancio
Y pago tributo al sueño,
Yo tengo por almohada
Aqueste duro madero,
Y no quiero más blandura,
Ni más regalo merezco,
Pues Cristo muere en el Gólgota
Crucificado en un leño.
¿Yo regalada y Él triste;
Yo dormida y Él despierto;
A mí plumas y a Él espinas;
A mí auroras y a Él siniestros?
Eso no aguanta el amor;

Y el amor con que le quiero,
Para Él anhela venturá
Y para mí el sufrimiento.
Si Él es Cordero inocente
Y yo la culpable reo,
¿Cómo blanda la almohada
Tendré, si Él busca un madero?
Leño más duro que piedra
Leño informe, toscó leño,
En ti solo hallo regalo,
Sólo en ti reposo encuentro.
ALMA .. Ese tronco me da voces,
Pues tales delitos tengo
Que esa es mi propia almohada;
La tuya es el mismo cielo (1).

Madrid 18 de septiembre de 1910.

A. M. P. I.

(1) En la visita hecha por el autor a San José de Ávila, primer convento de la Descalcez, fundado por Santa Teresa de Jesús, le fué mostrada, entre otras reliquias, por aquellas que fueron ilustres señoras en el mundo con escudos y blasones, y hoy son, por voluntad propia, humildes y pobres religiosas, *la almohada* donde dormía el Serafín del Carmelo, y que no era otra cosa que el tronco seco y duro de un árbol, toscó y sin pulimentar, y, a vista de tal instrumento de mortificación y penitencia, quedáronse los labios mudos y absorto el pensamiento, mientras se llenaba de ternura el corazón, concibiendo este romance que prometí a las Hijas de Santa Teresa, y hoy se lo envío, aunque no es ni un leve trasunto de lo que entonces sentí.



ÍNDICE

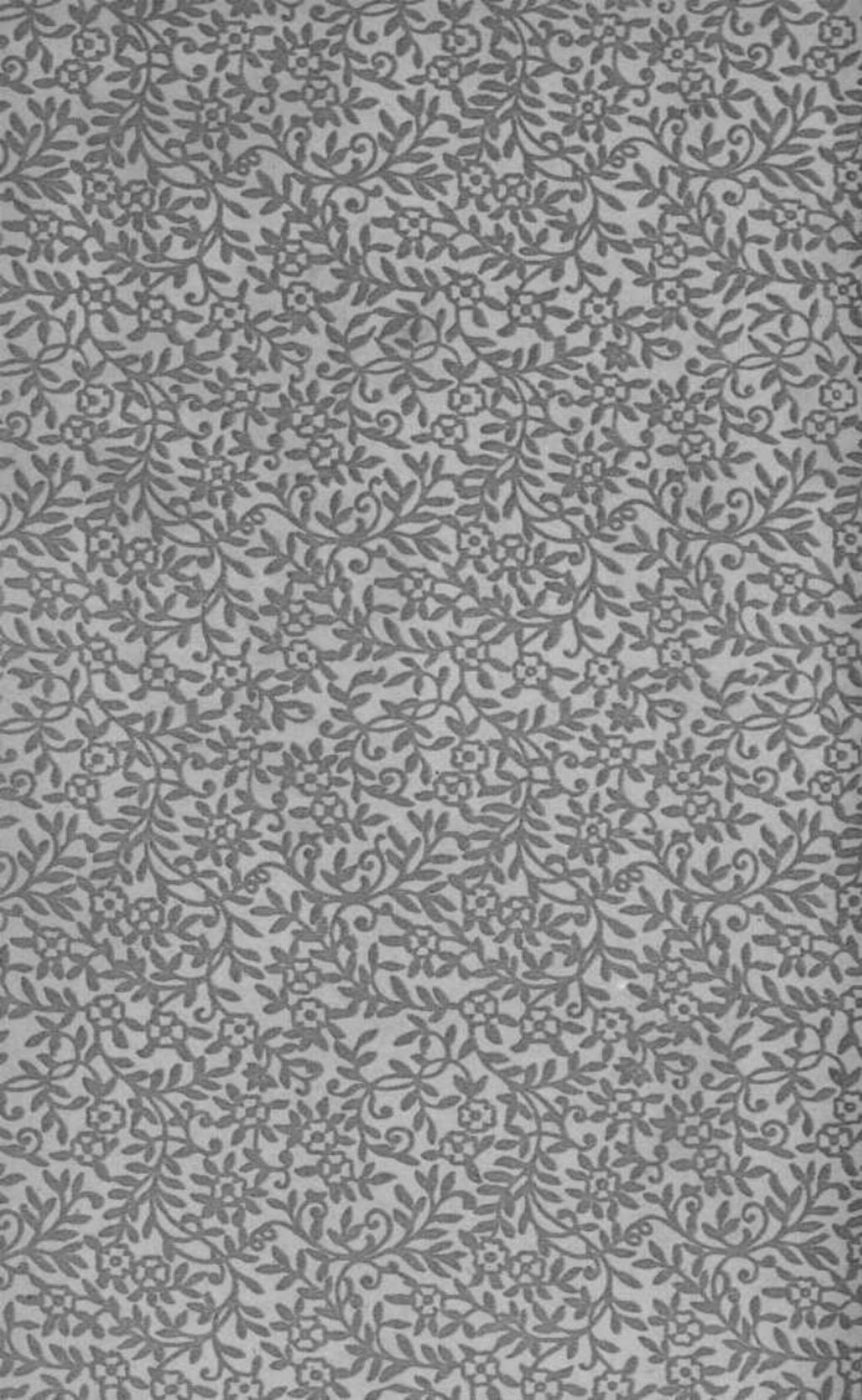
Páginas.

DEDICATORIA	v
A GUISA DE PRÓLOGO	vii
PRÓLOGO AL ROMANCERO DE SANTA TERESA DE JESÚS	xi
A ESPAÑA.....	1
I. — En busca del martirio	7
II. — Las ermitas	13
III. — En la muerte de su madre.....	19
IV. — Hufda.....	25
V. — Visión del infierno.....	31
VI. — En lontananza	37
VII. — En Santo Domingo de Ávila.....	43
VIII. — Resurrección.....	49
IX. — La Transverberación.....	53
X. — San Francisco de Borja	59
XI. — Tres Santos	65
XII. — San José de Ávila	71
XIII. — Priora Divina.....	77
XIV. — Aparición de la Virgen	81
XV. — El tamboril.....	85
XVI. — Castillos del alma.....	91
XVII. — San Juan de la Cruz.....	97
XVIII. — Desposorios místicos.....	103

	<u>Páginas.</u>
XIX. — Noche de Difuntos.....	109
XX. — En la escalera del convento.....	113
XXI. — Domingo de Ramos.....	119
XXII. — Por Sierra Morena.....	125
XXIII. — La Paloma.....	131
XXIV. — Camino de Burgos.....	135
XXV. — El Viático.....	139
XXVI. — Muerte de la Santa.....	143
XXVII. — Aparición a San José de Calasanz.	149
XXVIII. — La almohada de Santa Teresa de Jesús.....	155

*Acabóse de imprimir esta obra en
la Imprenta de la Sucesora
de M. Minuesa de los Ríos
el día 28 de ju-
lio del año
1915*

As with the other...
...
...
...
...



MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa
de Jesús.

Número.....

1636

Precio de la obra..... Ptas.

Estante.....

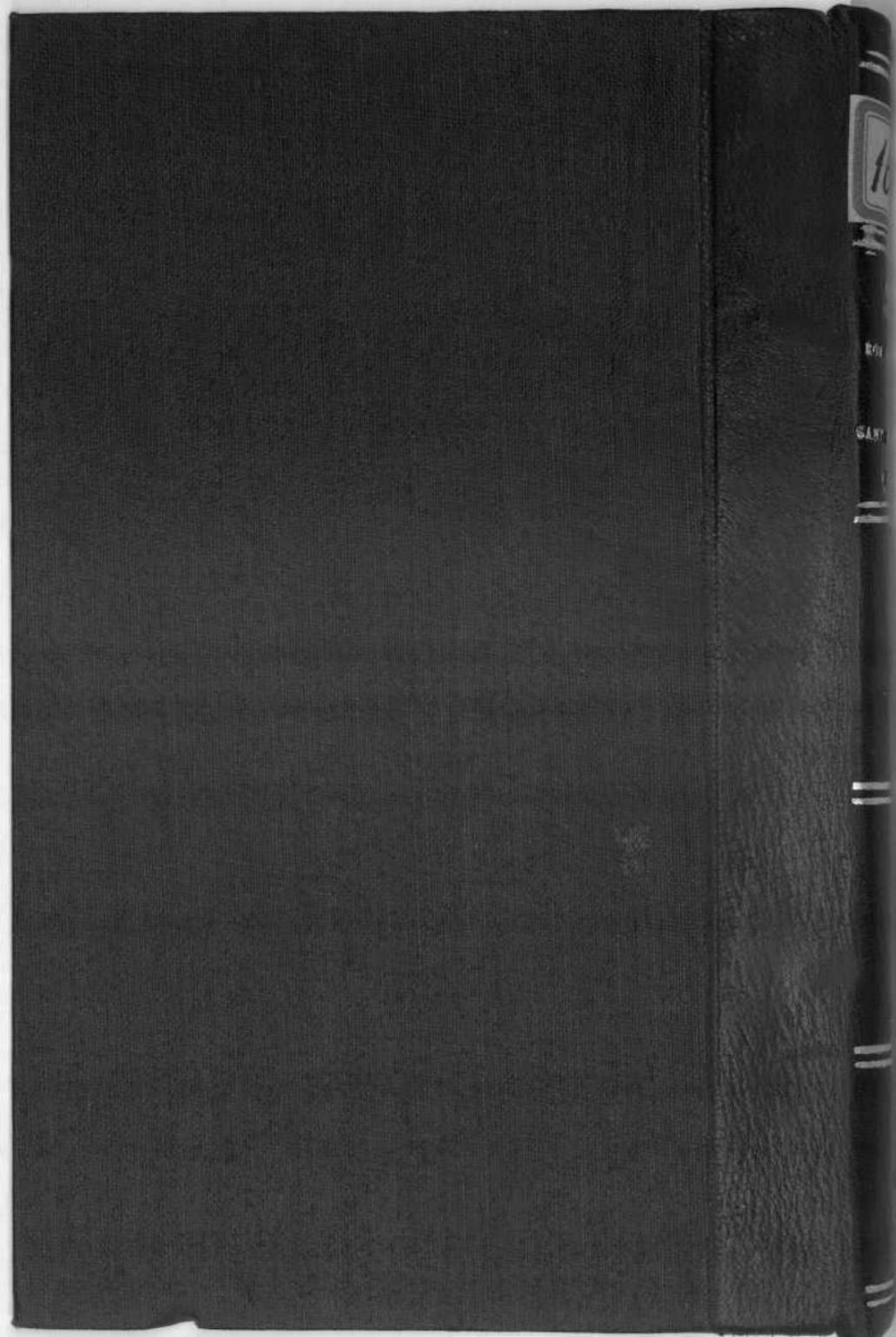
12

Precio de adquisición. »

Tabla.....

3

Valoración actual..... »



1636

JIMENEZ

ROMANCERO

DE

SANTA TERESA

DE JESUS